
BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
SELECCIÓN TERROR
GANE 1 MILLON DE PESETAS
LAMENTARAS HABER NACIDO
Ada Coretti



SELECCION
TERROR

ENCONTRARA OBRAS DE ESTE MISMA AUTORA EN LAS COLECCIONES DE
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Selección Terror

ADA CORETTI

LAMENTARAS HABER NACIDO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 612
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 5.703 - 1985

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición en España: abril, 1985
1ª edición en América: octubre, 1985

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1985

CAPITULO PRIMERO

¡Maldito cuadro! ¡Una y mil veces maldito...!

Desde que lo había pintado su existencia era una angustia continua, una zozobra ininterrumpida, un jadeo incontenible. Hasta el aire faltaba a sus pulmones.

A todas horas tenía la sensación de que las fuerzas del Mal iban a abatirse sobre él. Como si la hermosa muchacha que había pintado fuera un ser endiabladamente abyecto, satánicamente perverso, que estuviera dispuesto a destruirle.

¡Pero qué tonterías pensaba!

No debía dar importancia a aquella pintura. Ningún mal había de llegarle de lo que, en verdad, sólo era eso: una pintura.

Pero no podía quitarse de la cabeza el modo como se había visto obligado, arrastrado, a plasmar con sus pinceles la belleza de aquella muchacha de largos y sedosos cabellos negros, seductoramente espigada, de fascinantes y maravillosos ojos oscuros.

La había pintado en medio de una excitación arrolladora, desenfrenada, sin poder detenerse. No había encontrado sosiego hasta ver concluido el lienzo. Además, había pintado sin modelo...

¿De dónde, pues, había sacado aquel cuerpo, aquel rostro? No había visto en su vida a aquella hermosa muchacha.

La había sacado de su imaginación. Como si estuviera clavada dentro de su mente y se hubiera visto obligado a convertirla en una realidad.

Pero en una realidad muerta. Porque un cuadro es algo muerto por más vida que consiga imprimirle su creador.

¿O acaso un artista puede conceder a su obra otra clase de vida...?

Se lo había preguntado una vez, y otra, hasta sentir que el miedo apretaba su garganta.

Pero veía convertida a aquella muchacha en algo ideal, sublime, insuperable, y a ratos se decía que, a pesar de todo, había valido la pena. Aquel lienzo era su mejor trabajo. Ahora veía ya el triunfo al alcance de su mano.

No obstante, un día, de pronto, le pareció que la muchacha le miraba...

No, aquellos ojos no podían mirarle. Aquellos ojos no tenían ciertamente más expresión que aquella que él había sabido imprimirle con sus pinceles.

Sin embargo, Raymond Leans hubiera jurado que del fondo de aquellos ojos oscuros, muy oscuros, tan oscuros como un pozo sin fondo, había salido una mirada que era toda una deshonesta proposición.

Fue como si le preguntara: ¿Quieres acostarte conmigo? Soy ardiente como una llama.

Se burló de sí mismo. ¡Vaya idea que acababa de cruzarle por el pensamiento!

Queriendo tomárselo a la ligera, se esforzó por sonreír y dijo en voz alta:

—Lo lamento, preciosa, prefiero a las mujeres de carne y hueso.

A partir de ese momento un odio furioso, desquiciado, frenético, centelleó en los ojos de Geraldine. Sí, Raymond Leans le había puesto el nombre de Geraldine a aquella muchacha de sin igual belleza.

Por lo demás, cierta noche, al despertar por casualidad, le pareció oír pisadas en el corredor.

No podía ser nadie. Vivía solo. Tenía que tratarse, forzosamente de imaginaciones suyas.

A pesar de eso, quiso asegurarse y se levantó de la cama. Ya con la puerta de su dormitorio abierta, miró a derecha e izquierda del corredor. Nadie. No había nadie. Claro que no.

Sin embargo, Raymond Leans estaba temblando. ¿De frío porque era invierno y se había levantado sin ponerse la bata? ¿O acaso de miedo…?

Quiso ser sincero y se dijo que era de miedo. De un miedo irrazonado e insensato que iba ganándole la partida. Hora a hora. Día a día. A ese paso acabaría desquiciado.

Antes de volver a su dormitorio, se dirigió escaleras arriba, hacia la buhardilla. Donde tenía su estudio.

Ya en aquel lugar, luego de mirar a través de los cristales de la claraboya y de percatarse de lo negra y cargada de niebla que estaba la noche, dirigió su mirada hacia el lienzo que había pintado.

Lo había dejado apoyado en una de las paredes y desde allí Geraldine seguía mirándole como si deseara fulminarle. Como si su mayor placer hubiera de ser acabar con su vida.

He debido poner esa expresión en sus ojos sin darme cuenta. No debo asustarme, pensó.

Volvió a su dormitorio, si bien había de pasarse el resto de la noche, lo que se temía, sin poder dormir. Pero no, no fue exactamente así. Consiguió conciliar el sueño durante un rato. No obstante, una pesadilla se adueñó de él y le hizo despertar dando un grito. ¿Qué había soñado? Que Geraldine aparecía ante él, para escapar a su maleficio, se colgaba una piedra al cuello y se tiraba a un río.

En fin, habían transcurrido varias semanas y no terminaba de recuperar la serenidad. Todo lo contrario, la iba perdiendo, hasta sentir que se adentraba en un terreno peligroso, sumamente resbaladizo.

Había enseñado el lienzo a la anciana señora Hilggar y a su nueva

señorita de compañía, Marianne. Aunque sin hacer comentarios, sin aludir a nada. Sin decirles que una excitación inexplicable le había hecho pintarla. Sin decirles que se habla visto obligado a poner el nombre de Geraldine a aquella hermosa muchacha. Diciéndoles, eso sí, que había pintado aquel cuadro sin modelo…

Había enseñado el lienzo, también a Susan Dowr, la prometida del joven doctor Morley. Le enseñó el cuadro, asimismo, a Basil Nolan, que según decían algunos estaba chiflado.

Las opiniones de todos ellos fueron unánimes. Estaban contemplando una obra de arte y el mundo, muy pronto, haría justicia a un gran artista.

Pero Marianne, la señorita de compañía de la anciana señora Hilggar, había de añadir, por lo bajo:

—Resulta sobrecogedor…

Raymond Leans la oyó, y se acercó a ella para preguntar le lo que exactamente había querido decir.

—No he podido evitarlo, he sentido la sensación de que está viva —dijo Marianne.

Era todo un elogio. Evidentemente. ¿Qué mayor elogio que decir a un artista que, al mirar su obra, se siente la impresión de que tiene vida propia?

Pero Raymond Leans no sonrió. Ni tan siquiera agradeció aquellas palabras. Se quedó muy serio.

En cuanto a Marianne, lo cierto es que tampoco había dicho aquello como un cumplido. Simplemente, le había im presionado demasiado la expresión de aquellos ojos oscuros.

Bueno, Raymond Leans había de esforzarse por considerar a aquel cuadro como uno más. Sólo como uno más.

Pero sus intentos, sin embargo, habían de resultar totalmente vanos, absolutamente estériles. Cuanto más miraba el cuadro más perdía la calma.

Hasta que, una noche, una noche cualquiera, se vio de pronto haciendo frente a lo increíble, a lo insólito, a lo alucinante…

Y se quedó como si acabase de ser sepultado entre capas y más capas de hielo.

Porque había ido a la buhardilla, encendiendo la luz y mirando hacia el cuadro…

¡Y se encontró con que Geraldine no estaba! ¡Había hui do del lienzo, dejando allí un vacío que helaba la sangre en las venas!

—No es posible… —jadeó, con incontables gotas de frío sudor perlando su frente—. No es posible…

Pero allí estaba aquel vacío, recortando la silueta de la muchacha que se había escapado, que había huido, que había querido recobrar la libertad.

Asustado más allá de lo imaginable, Raymond Leans pensó en que debía pedir ayuda a alguien.

Pero, ¿a quién...?

Vivía a varias millas de Biddington, la localidad más cercana. Ahí cerca sólo había cuatro casas. La suya y tres más.

La mayor de aquellas casas pertenecía a la anciana señora Hilggar. Muchos solían decir La Mansión al referirse a la propiedad de dicha señora.

Una señora con mucho dinero, de carácter frío, duro, sumamente autoritario. De ello que, a pesar de pagar decorosamente a la servidumbre, ésta no le aguantara. Lo mismo sucedía con sus correspondientes señoritas de compañía. Cambiaba cada dos por tres. La actual se llamaba Marianne. Era una muchacha de unos veinte años, rubia, guapa, atractiva, que había asegurado que por nada del mundo perdería aquel empleo.

Raymond Leans pensó que no eran horas de ir a explicar a aquellas dos mujeres, una joven y la otra anciana, lo que acababa de sucederle.

En cuanto a ir a explicárselo a Susan Dowr, la novia del doctor Morley, tampoco le pareció correcto. Ya era más de media noche. ¿Qué iba a pensar viéndole llamar a su puerta? Susan Dowr era la inquilina de una casita de planta baja.

En cuanto a ir a explicárselo a Basil Nolan, su otro vecino, el propietario de la otra casa, no le tentó la idea. Todos decían lo mismo, que aquel hombre estaba algo chiflado.

No quiso pensar más en sus vecinos y huyó de la buhardilla, bajando precipitadamente la escalera. Se encerró en su habitación. Entonces consiguió que su corazón no martilleara tan fuerte.

*

Poco después escribía con dedos tan temblorosos que apenas podían sujetar el bolígrafo:

«Querido amigo:

»Estoy asustado, aterrorizado. No sé lo que debo hacer, ni cómo debo reaccionar. Se me ha ocurrido recurrir a ti y pedirte que vengas a tenderme una mano. ¿No me dijiste, la última vez que nos vimos, que eras detective privado y que te dedicabas a esclarecer casos confusos, poco claros? Pues te aseguro que de eso se trata.

»No me tomes a broma, te aseguro que estoy en una atroz encrucijada, desconociendo, ciertamente, el camino a seguir.

»Cuando oigas mi relato, te parecerá una horrenda pesadilla, estoy seguro. Como me lo parece a mí.

«Siento mi sangre helada por el pavor, te lo confieso abiertamente. No tanto por lo que ha sucedido sino por lo que temo que vaya a pasar. Porque el hecho alucinante, demencial, que ahora no me atrevo a explicarte, sólo es el comienzo de un horror que, a menos que tú me salves, acabará con mi vida. Lo presiento.

»Me espera el eterno sueño de la muerte, a no tardar, si no recibo la ayuda que solicito de ti. Créeme, no estoy fantaseando ni tampoco estoy exagerando lo más mínimo.

»Ven pronto, por favor.

»Ven antes de que sea tarde.

«Geraldine está decidida a matarme. ¿Cómo...? ¿De qué forma...? Eso no lo sé. Sólo sé que es así.

»Como comprenderás, el caso exige que no pierdas el tiempo y que te reúnas conmigo lo más pronto posible. El caso te obliga a dejarlo todo por tu amigo.

»Raymond Leans.»

CAPITULO II

Las manos de Alec Cuff, fuertes, enérgicas, sujetaba el volante con seguridad. Iba a más de ciento veinte por la carretera.

Quería llegar a Biddington lo antes posible. Había captado toda la angustia vital de su amigo a través de las líneas que le había escrito.

Hacía más de un año que no sabía de Raymond Leans, y estaba preguntándose qué habría sido de él. Sabía que le gustaba pintar y que soñaba con llegar a ser famoso, y le imaginaba, como siempre, gastándose sus escasas rentas en lienzos y pinturas.

Alec Cuff se dio cuenta de que la atmósfera amenazaba con cargarse de niebla. De una niebla que ya despuntaba y que sin duda campearía a sus anchas antes de que empezara a declinar el día.

Divisó unas casas a lo lejos. Biddington debía estar ya muy cerca.

Y aquel cementerio al que ya estaba dejando atrás, debía ser, claro está, el de Biddington. Un cementerio cuya puerta de hierro vio abierta de par en par.

Alec Cuff tuvo que frenar de pronto. Suerte de sus buenos reflejos, de lo contrario hubiera atropellado a aquella jovencita que, de la forma más irreflexiva, se le puso por delante.

La jovencita era fea e iba muy mal vestida. Al ver que el coche se le echaba encima, se quedó como paralizada, sin acertar a avanzar ni a retroceder.

—La culpa ha sido mía... —ya recuperada del susto, lo reconoció así mientras miraba con agrado al joven que, en última instancia, había acertado a evitar lo que ya casi parecía inevitable—. Iba pensando en mis cosas...

—En según que cosas —repuso Alec Cuff—. No hay que pensar cuando se cruza una carretera.

—Sí, claro —admitió—. Pero como por aquí no transitan muchos coches...

—Bueno, no ha pasado nada.

—Y de haber pasado —dijo la jovencita, encogiéndose de hombros —, más cerca no podía estar de donde hemos de acabar todos —y echó una mirada al cementerio.

—Tiene un sentido del humor muy macabro, ¿no cree? —pareció reprochárselo un poco.

—No debe extrañarle —repuso la jovencita—. Soy la hija de Will, el sepulturero —Añadió—: ¿Ve ese pequeño pabellón, dentro del mismo cementerio? Pues ahí vivimos mi padre y yo. Compréndalo, a mí no me asusta hablar de nichos, ni de ataúdes, ni de lápidas, ni de muertos... Estoy habituada a todo ello...

—Sí, claro —asintió Alec Cuff, haciéndose cargo.

—¿Está de paso? —preguntó la jovencita acto seguido—. Perdone mi curiosidad...

—Vengo a visitar a un amigo —contestó—. Posiblemente pase aquí unos cuantos días.

—Entonces, quizá vuelva a verle.

—Es muy posible. Bueno, adiós —había puesto el coche nuevamente en marcha—, y perdone el susto que le he dado.

—No se preocupe.

El detective siguió adelante, mientras recordaba que su amigo Raymond Leans le había dicho, en la posdata de su carta, que vivía en una de las cuatro casas, dos a la derecha y las otras dos a la izquierda, que había al mismo borde de la carretera poco antes de llegar a Biddington. Pero no había puntualizado en cual vivía, por lo que, en consecuencia, había omitido la dirección exacta.

Tomó la decisión de preguntar en la primera de aquellas casas. Era una casita de planta baja, muy sencilla.

Habiendo detenido el coche, Alec Cuff abrió la portezuela y se apeó. Era alto, un metro ochenta y tantos. Vestía un traje de pana.

Llamó al timbre y esperó.

La puerta no tardó en abrirse, si bien no apareció su amigo Raymond Leans sino una joven robusta, de aspecto saludable. Le preguntó:

—¿Qué desea?

—¿El señor Leans...? —había de preguntarle a su vez.

—No vive aquí. Su casa es aquélla... —y se la señaló.

—Gracias por la información, y disculpe.

—¿Es usted el detective al que el señor Leans ha escrito? —quiso saber la muchacha. Y después, sin esperar respuesta—. Me alegro que ya esté aquí. Últimamente le veo muy trastornado...

—¿Pues qué le sucede a mi amigo? Lo sabe usted...?

—No lo sé. Desde luego, su sistema nervioso se ha deteriorado desde que pintó ese lienzo que... Por cierto —se interrumpió la muchacha—, supongo que debo presentarme. Soy Susan Dowr.

—Alec Cuff —dijo el detective. E inquirió seguidamente—. ¿A qué lienzo se ha referido...?

—Pintó a una muchacha muy hermosa, y desde entonces, no sé por qué, parece que no sea él. Pero se tranquilizará en cuanto vea que usted ha llegado, estoy convencida de ello.

—Espero que el asunto no sea tan grave como parece a primera vista.

—Eso espero yo también.

—No la molesto más. Gracias por todo —Y ya camino de su coche, hizo alusión a la casa de la anciana señora Hilggar, a menos de trescientos metros de allí—. Vaya mansión...

Cuando arrancó el coche, la muchacha ya había cerrado la puerta de su casa. Lo que animó a Alec Cuff a pensar que no estaría de más que, en lugar de ir directamente a la casa de su amigo, llamara a esa otra, grande, espléndida, que había llamado su atención.

Así que, muy poco después, detenía de nuevo su coche.

Al hacer sonar el timbre de la amplia puerta, Alec esperaba ser recibido por un erguido y ceremonioso mayordomo. Otra cosa parecía no encajar.

En contra de sus suposiciones, le abrió una muchacha muy guapa y atractiva, rubia. Le preguntó qué es lo que deseaba.

Se lo dijo. Deseaba saber dónde vivía Raymond Leans. Pero Alec Cuff había de añadir:

—Francamente, no esperaba encontrarme con una chica como usted.

—¿Qué tengo yo de especial? —y se lo preguntó con una sonrisa pues la mirada del detective no había podido ser más admirativa.

—Lo que tiene de especial se lo diré en otro momento. Ahora no puedo detenerme, mi amigo me espera...

—Vive en la última casa —dijo ella.

—A propósito —terció Alec—. ¿Cómo se llama usted?

—Marianne.

—¿Es la dueña de esto? —le preguntó.

—Me quedo con las ganas de serlo. Sólo soy la señorita de compañía de la señora Hilggar.

—Y claro, la señora Hilggar es la propietaria.

—Exactamente.

—Bueno, pues hasta la vista —se despidió.

—Adiós.

Marianne cerró la puerta y Alec Cuff llegó hasta su coche. Pero tras un momentáneo titubeo, optó por saber quién vivía en la otra casa. ¿Por qué no? Así estaría ya al corriente de quiénes eran los vecinos de su amigo Raymond Leans.

Llegó hasta allí, sin el coche, con sus zancadas habituales.

Hizo sonar el timbre. Se quedó esperando con una mano apoyada en el marco de la puerta.

En esta ocasión tuvo que esperar bastante. De todos modos, oía ruidos, pasos, y sabía que había alguien dentro.

Terminaron abriéndole. Y lo hizo un hombre de unos cuarenta años, pequeño, insignificante, calvo, con lentes de gruesos cristales tras los que se veían unos ojos redondos, grandes, de expresión quieta, inocua.

Le preguntó si sabía dónde vivía Raymond Leans, y Basil Nolan le dijo que sí, y le indicó la casa.

—Muchas gracias.

—Usted es el amigo detective que espera, ¿verdad? —preguntó quien, según algunos comentarios, estaba algo chiflado.

—Sí —contestó Alec, dándose cuenta de que su llegada no era un secreto para nadie.

Todos estaban al corriente de la misma. Por lo visto su amigo tenía mucha confianza y amistad con sus cercanos vecinos.

—Me alegro que ya esté aquí…

Algo muy parecido le había dicho Susan Dowr, la otra vecina, la muchacha robusta de aspecto saludable.

—Por cierto, ¿sabe usted de qué se trata…? —indagó Alec Cuff, no tanto por enterarse él sino por enterarse de si el vecino lo sabía.

—Está angustiado, agitado, no puede sujetar los nervios —dijo Basil Nolan—, Debe haberle sucedido algo muy grave… No, yo no sé exactamente de qué se trata… —había acabado de un modo evasivo.

—¿Pero tiene alguna idea…? —insistió Alec.

—Tanto como eso…

—Por favor, dígame lo que sea.

La respuesta iba a hacer alusión al lienzo de la hermosa muchacha. Se lo veía venir.

—Ha pintado un cuadro —repuso Basil Nolan—, Algo estupendo, fantástico. No soy un entendido en la materia, pero no hace falta serlo para comprender que la inspiración del artista ha alcanzado cotas de excepción. Pero algo parece no satisfacerle en ese cuadro. No sé qué pueda ser… Como tampoco sé —añadió finalmente—, para qué pueda necesitar un detective…

—Eso ya se verá.

—Sí, claro.

—Gracias por todo, y disculpe las molestias —de momento ya le bastaba con lo hablado.

—A su disposición —los ojos de Basil Nolan, a través de los lentes de gruesos cristales, seguían con la expresión quieta, inocua, que había mostrado desde el principio.

Unos minutos después, Alec Cuff llamaba finalmente a la casa de su amigo.

Raymond Leans le abrió rápidamente, inmediatamente. Como si hubiera estado tras la puerta esperando que sonara el timbre.

—Pasa, Alec, pasa… —fue lo primero que le dijo, con el tono tembloroso, jadeante—, Y gracias por haber venido.

*

Will, el sepulturero, acababa de echar leña a la estufa de hierro y se estaba frotando las manos para calentárselas.

—Vaya nochecita de perros —comentó.

—Pues yo voy a tener que salir otra vez —le dijo su hija—. Me he olvidado de recoger el pico y la pala.

—Puedes hacerlo mañana.

—Prefiero hacerlo ahora, antes de la cena.

—Como prefieras.

El sepulturero era un hombre de unos cincuenta y tantos años, que andaba algo encorvado debido a una deformación que sufrió en la espina dorsal cuando era niño. Pero era un hombre recio, fuerte, y desempeñaba su trabajo con facilidad.

—Padre, he conocido a un hombre muy guapo —repuso la jovencita—. Un hombre así es el ideal de cualquier mujer.

—Hija, no debes olvidar que eres la hija del sepulturero.

—¿Qué quieres decir, padre? —preguntó

—Puedes pedir poco —subrayó con dureza, pero convencido de que haciéndolo así beneficiaba a su hija—. Bastante será que encuentres con quien casarte.

—No lo ignoro, padre —dijo la jovencita—. Además, soy fea, no valgo nada, lo sé de sobras. Sin embargo, soñar es hermoso...

*

El cajón estaba cerrado con llave.

Fue abierto.

Dentro del cajón aparecieron unos guantes. Unos guantes de hierro.

Que una vez puestos, sin embargo, podían moverse y articularse fácilmente, casi como si fueran de suave y sutil piel.

Pero esos guantes tenían algo más de especiales, no sólo el simple hecho de ser de hierro. Sus palmas se hallaban cubiertas de púas...

Y esas púas, terriblemente punzantes, escalofriantemente puntiagudas, daban la medida exacta de cuál iba a ser su misión. Bastaba contemplarlas para intuir que su finalidad iba a ser ¡MATAR!

*

—Soñar es hermoso —repitió la hija del sepulturero—, y por eso, padre, al conocer a ese hombre tan guapo, tan virilmente guapo, he querido olvidarme por un momento de todo lo que me rodea. Ese forastero me ha dicho que venía a ver a un amigo —añadió la jovencita.

—Anda, sal de una vez a buscar el pico y la pala —repuso Will, el sepulturero—. Y déjate de fantasías que no van a llevarte a ninguna parte.

—Sí, creo que será lo mejor —admitió ella.

—Ponte algo encima, hace mucho frío.

Pero antes de que la jovencita abriera la puerta y saliera, su padre, que hasta entonces se había esforzado por que su semblante no trasluciera lo que sentía, le dijo:

—No, prefiero que no salgas. La verdad es que estoy alarmado...

—¿Alarmado? —se volvió hacia su padre, con gesto de quien cree que no ha entendido bien.

—El otro día, estaba arreglando uno de los nichos en la parte nueva del cementerio y en eso, de pronto...

—¿Qué? —preguntó la jovencita al ver que su padre se detenía.

—Oí una voz de mujer... —el sepulturero había empezado a tiritar, como si la estufa se hubiera apagado y el frío de la noche se hubiera calado dentro—. Sí, una voz... Salía de uno de esos nichos...

—¡No digas tonterías, padre! —protestó la jovencita—. Los muertos no hablan. Los muertos callan.

—No todos, por lo visto... —dijo Will, que en aquellos momentos hubiera querido ser cualquier cosa, todo menos el sepulturero de Biddington—. No todos... Oí la voz, decía: He conseguido escapar... El lienzo ya no es mi prisión... Ahora haré lo que quiera de mi vida... Y si deseo matar, mataré...

—Padre, tú debes tener calentura —se le acercó solícita—. Será mejor que te acuestes.

—Estoy bien... —pero Will seguía tiritando—. Estoy bien... Sólo que me sobrecoge pensar en eso...

—Anda, acuéstate. En cuanto vuelva con el pico y la pala te llevaré algo caliente.

—Preferiría que no salieras, hija. Es ya de noche y...

—Y no tengo miedo —aseguró la jovencita—. ¿De qué voy a tenerlo? ¿De los muertos que, según tú, hablan...? Por favor, padre, ya somos mayorcitos para asustarnos por tonterías.

—Vuelve pronto —dijo el sepulturero al ver .que su hija estaba decidida a salir.

*

Había abierto la puerta del cementerio. Tenía en su poder la llave, la hija de Will se la había dado.

Ya dentro del recinto, se dirigió hacia la parte nueva. Donde acababan de ser construidos unos cuantos nichos. Donde, entre tumbas y cipreses, habían concertado la cita.

Movía sus manos, como queriendo recalentar sus músculos, sus dedos. Como queriendo ejercitarlos para la maniobra, para el trabajo que le esperaba.

Llevaba los guantes de hierro. Que a pesar de ser de hierro podían

moverse y articularse con facilidad.

Las palmas de sus manos, pues, estaban cubiertas de púas. De esas púas terriblemente punzantes, escalofriantemente puntiagudas...

*

La hija del sepulturero llegó hasta los nuevos nichos, que apenas se veían debido a la niebla que hasta hacía poco se había limitado a rasear el suelo y que ahora lo cubría ya todo. Era difícil distinguir algo a más de dos metros de distancia.

Aún no había llegado la persona que esperaba. Hacía mucho frío y la humedad se calaba, entumecía los miembros. Sin embargo, valía la pena tener un poco de paciencia. Iba a recibir más dinero junto del que su padre había ganado en toda su vida enterrando muertos y más muertos. Y para ganarse ese dinero no iba a tener necesidad de hacer nada. Con callar ya lo habría hecho todo. Sencillo.

¿Acaso demasiado sencillo...?

Se lo preguntó mientras iba dando pataditas en el suelo para que los pies no se le helaran.

No le gustó su propia pregunta. Le hizo pensar que tal vez tenía que haberle explicado a su padre de qué se trataba. Su padre le hubiera aconsejado sobre la conveniencia o no de aceptar la propuesta recibida.

Bueno, ya estaba hecho. Todo iría bien y no tendría que lamentarse de nada, seguro. Y entonces tendría dinero, y podría comprarse un traje nuevo y unos zapatos también nuevos...

Sintió un ruido tras ella y se volvió con excesiva rapidez, demostrándose a sí misma que se había puesto nerviosa, demasiado nerviosa.

No vio a nadie. No había nadie.

Se reprochó sus recelos, sus temores. Se dijo que no tenía por qué estar preocupada de aquel modo. Aquél iba a ser un negocio como cualquier otro.

No, como cualquier otro no...

Pero ella no lo sabía aún. No podía saberlo porque cuesta concebir que un ser humano sea capaz de matar a otro.

De cualquier forma, ella había perdido la calma, la serenidad. No, no veía claro todo aquello. ¡Le dieron ganas de echar a correr!

—Buenas noches.

Ya estaba allí la persona con la que se había citado. Había aparecido entre la espesa niebla como un verdadero fantasma.

—Te he hecho esperar... —volvió a oírse aquella voz—. No era ésa mi intención. Lo lamento de veras.

—Es igual —contestó la hija del sepulturero.

Acababa de darse cuenta de los guantes que llevaba... Y muerto de miedo se había quedado como una estatua de mármol, ciega, sorda y muda.

Fue sólo cosa de unos breves segundos. Quizá ni eso.

Pero ya era tarde para reaccionar.

Los guantes alcanzaron su cuello...

Y las púas, puntiagudas, afiladas, se incrustaron implacablemente, irremediablemente, en su carne.

La hija del sepulturero, ahogando un grito, vio cómo su cuello se convertía en un surtidor.

En un surtidor de sangre.

CAPITULO III

Raymond Leans se lo había explicado todo a su amigo el detective. Entre jadeos, angustia y excitación, que hicieron de su relato algo poco menos que terrorífico.

—Puedo esperar que me soluciones este asunto a la máxima brevedad posible, ¿verdad? —le preguntó así que hubo concluido.

—Creo que necesitas una visita médica —la respuesta de Alec Cuff no se hizo esperar—. Esto lo primero.

—¿Cómo...? —se sorprendió.

—Tu inestabilidad psíquica, emocional, es evidente. De no ser así, no te hubieras expresado en los términos que lo has hecho.

—No te he mentido en nada —aseguró Raymond Leans.

—Estoy convencido de ello. Aun así, debes admitir que das crédito a hechos inaceptables. De lo que fácilmente se deduce que estás pasando por un proceso anímico que necesita cuidados...

—No he dicho a nadie que Geraldine ha huido del lienzo —siguió diciendo Raymond Leans—. He temido que se rieran de mí. Pero contigo es distinto, al menos así lo creía...

—Bueno, tranquilízate —le dio unas palmadas en la espalda—. Todo se arreglará.

—Pero para arreglarse, lo primero es que yo visite a un doctor, ¿no es eso? —se quejó.

—Si tú te avienes a que te vea un doctor —puntualizó Alec—, yo me avengo al resto.

—¿Quieres decir que...? —se quedó sin concluir la frase.

—Que en todo esto debe haber gato encerrado, y que yo me comprometo a cazarlo. Como comprenderás más no puedo prometerte.

—¿Gato encerrado...? —preguntó, como si aquello del felino casero no lo hubiera entendido bien. De todos modos, no quiso dilatarse en consideraciones inútiles y consideró razonable decir—: De acuerdo. Trato hecho.

—¿Conoces a algún doctor?

—Sí, sí —asintió Raymond Leans—, al joven doctor Mor-ley, al novio de Susan Dowr. Susan Dowr es una de mis vecinas.

—Pues de acuerdo, que sea el doctor Morley quien te atienda.

—Mañana vendrá a visitar a la señora Hilggar, la dueña de esa gran casa que hay aquí cerca. Telefonearé al doctor Morley para que pase también por aquí. Pero ahora que ya te he prometido eso, dime, Alec, ¿cómo vas a ayudarme...?

—Me has dicho —repuso, tras reflexionar un poco—, que Geraldine huyó de tu lienzo.

—Sí, y es cierto. ¿Quieres verlo tú mismo?

—Luego. De momento dime por qué le pusiste el nombre de Geraldine a la muchacha del cuadro.

—No lo sé —dijo Raymond Leans—, Quedé mirando su rostro, su hermosura, y terminé opinando, no sé por qué, que no podía llamarse de otra manera.

—Resulta chocante… —opinó Alec.

—En realidad —repuso Raymond Leans—, todo en este asunto es chocante. Pinté el cuadro en medio de una excitación creciente, arrolladora, desenfrenada, no hubiera podido detenerme ni aunque deseara hacerlo. Además, pinté sin modelo…

—Lo que no resulta frecuente.

—Totalmente inusual —convino.

—Y mientras ella estuvo en el lienzo, tú te sentías como si ella tuviera vida. Más vida incluso de la que tú habías pretendido darle.

—Exactamente.

—Hasta te parecía que te miraba de distintas formas…

—Insinuante y deshonesta en una ocasión, como ofreciéndoseme… Luego —y Raymond Leans volvía a jadear—, como si me odiara con toda su alma y deseara acabar conmigo…

—Después de eso —resumió Alec Cuff—, desapareció del cuadro; huyó del lienzo. En su lugar ha quedado un vacío.

—Sí.

—Dime, ¿cómo la pintaste…? —preguntó—, ¿Con algún vestido especial? ¿O acaso desnuda…?

—Desnuda —dijo Raymond Leans.

—¿Y estás seguro de no haberla visto antes, en alguna parte? —inquirió Alec Cuff.

—Seguro.

—Por cierto —hizo hincapié en el pormenor—, me gustaría saber si tomas medicinas.

—No, ninguna. —Pero añadió—: Dejé de tomarlas al recuperar por entero la memoria.

—Ah, ¿perdiste la memoria? No lo sabía. No me lo habías dicho.

—Sufrí un accidente de coche, de eso hará unos seis meses, y cuando volví en mí no sabía ni quién era. Pero el doctor Morley me atendió convenientemente y en menos de dos meses me recuperé por completo.

—¿Recordándolo ya todo…? —preguntó Alec.

—Absolutamente. Por eso me había olvidado de decírtelo.

—Bien, bien… —tras decir esto, mientras se frotaba el mentón, había de añadir—. Bueno, vayamos ahora a echar un vistazo al cuadro.

Al llegar a la buhardilla y ver el vacío que había en el lienzo, Alec

Cuff había de limitarse a decir:

—Yaya, vaya...

*

Oyeron los gritos. Cada vez más fuertes. Rasgando pavorosamente la niebla que se abatía sobre aquel lugar.

Los ocupantes de aquellas cuatro casas abrieron sus ventanas y se asomaron. ¿Quién gritaría de una forma tan terrible? Costaba creer que un ser de este mundo pudiera gritar de un modo tan auténticamente demencial.

Era Will, el sepulturero, el hombre que gritaba desgarrando sus cuerdas vocales hasta más allá de lo humanamente admisible.

Se había encontrado muerta a su hija, con la garganta destrozada por incontables e incisivas heridas. Lo mismo que si un erizo asesino se le hubiera incrustado en el cuello y no la hubiera soltado hasta haber acabado con su último aliento.

De la garganta de la víctima había manado tanta sangre que su vestido había quedado materialmente empapado. El resto de Ia sangre había ido a parar a la tierra, que golosa mente se la había ido tragando.

Will salió del cementerio dando chillidos, alaridos, gritan do ciertamente como un poseso. Y se encaminó por la carretera, corriendo, corriendo cada vez más, hacia Biddington.

Pero al pasar junto a aquellas cuatro casas situadas al borde de la misma carretera, se detuvo. En seco.

Y extendiendo los brazos hacia esas viviendas, como si de pronto hubiera presentido que allí estaba el asesino de su hija, se puso a clamar:

—¡La he encontrado muerta! ¡Pobre hija mía! ¡Pobre hija mía! ¡Pero no quedará sin venganza, lo juro por Dios o por el diablo...! ¡El asesino pagará muy caro Io que ha hecho! ¡Lo pagará tan caro que lamentará haber nacido...!

CAPITULO IV

El doctor Morley tendría unos veintiocho años. Era bastante alto y vestía con elegancia. Su expresión despierta, inteligente, y a la vez su simpatía, hacían que sus clientes con fiaran plenamente en él.

Tras oscultar detenidamente a Raymond Leans, le dijo que le encontraba muy alterado y que iba a recetarle unos sedantes.

Raymond Leans no había hecho mención al cuadro y me nos aún a la desaparición de Geraldine. Aunque su agitación se debía única y exclusivamente a ese cuadro y a esa desaparición. Alec Cuff le había aconsejado que dejara la cuestión a un lado. Lo importante era que el doctor Morley le diera algo que le tranquilizara. De momento, estaba convencido, no hacía falta nada más.

—Ahora voy a visitar a la señora Hilggar —terminó diciendo el doctor Morley. Y dirigiéndose a Alec—, He tenido mucho gusto en conocerle.

—Posiblemente nos veremos de nuevo —fue la respuesta—. Voy a quedarme unos días aquí. Soy detective, ¿sabe? y no quisiera irme de este lugar sin antes averiguar quién mató a Ia hija del sepulturero.

—Sí, ya sé que es usted detective. Me lo ha dicho mi prometida, Susan Dowr.

Alec había querido ver cómo reaccionaba ante Ia presencia e intromisión de alguien que, por su profesión, podía llegar con mucha más facilidad que otros a conclusiones peligrosas para el culpable.

Como es lógico, había ya intervenido en aquel caso el inspector de policía. El inspector de Biddington y de varias localidades colindantes. Pero acostumbrado a que la gente viviera tranquilamente, plácidamente, la verdad es que su experiencia era poca en cometidos de esa índole. De ello, sin duda, que sus interrogatorios debieran estar inquietando muy poco al asesinato. Era fácil deducirlo.

—¿Sospecha de alguien...? —quiso saber el doctor Morley.

—Todavía es pronto para eso.

—De todos modos, ha sido una afortunada coincidencia que usted se halle aquí...

—Eso pienso yo —intercaló Raymond Leans.

El doctor Morley salió de la casa, dirigiéndose hacia la residencia de la anciana señora Hilggar.

Alec Cuff se había situado tras los cristales de la ventana y pudo verle perfectamente. Pudo ver asimismo a un mozalbete que conducía un triciclo. Acababa de detenerse ante la modesta vivienda de Susan Dowr.

—Es el chico del supermercado —le informó Raymond Leans—. Viene a menudo.

Observó al mozalbete. Tenía la expresión despierta y ¡os gestos rápidos. Debía resultar un buen dependiente.

Alec no se movió de donde estaba. Siguió pegado a la ventana, a los cristales.

—¿Esperas ver algo...? —le preguntó a su amigo.

—Lo que tarda en salir el doctor Morley de la casa de la señora Hilggar —contestó.

—¿Y eso...? —quiso saber.

—Luego seré yo quien tendré el placer de hacer una visita a dicha señora. Y recalco lo de placer —sonrió—, porque su señorita de compañía es muy guapa.

—¿La conoces?

Le explicó que conocía a todos sus vecinos. Bueno, a todos menos a la señora Hilggar.

Alguien se acercaba por la carretera, andando, a paso bastante rápido. Era una mujer de mediana edad, que llevaba un bolso colgado de! brazo.

—¿Quién es? —preguntó Alec.

—Es Emma, la mujer que viene a hacerme las faenas de la casa. Viene un par de horas cada día. Luego va a la casa de Basil Nolan. Un vecino que, según dicen, está algo chiflado.

—¿Y lo está?

—Es un poco raro, pero no creo que la cosa pase de ahí.

—Tiene cara de solterón empedernido.

—No por su gusto —le puso al corriente—. Se enamoró apasionadamente de una muchacha que conoció en Hawstton, una localidad que está situada a unas veinte millas de aquí, y quiso casarse con ella. Lo malo fue que ella, después de darle esperanzas, se decidió por otro. Era una muchacha muy hermosa. De largos y sedosos cabellos negros, con un cuerpo espigado de formas perfectas, con unos fascinantes ojos oscuros... Yo no la conocí —añadió—, pero por lo que me han dicho de ella...

—Ya sale el doctor Morley, —dijo Alec poco rato después.

—Ahora irá a ver a su prometida, Susan Dowr.

—Sí, claro, aprovecha el viaje —se separó de la ventana—. ¿Qué tal muchacha es Susan Dowr? —preguntó.

—Es una buena chica, que vive muy modestamente, con bastantes estrecheces. Pero el doctor Morley no quiere que se ponga a trabajar, le dice que pronto se casarán y que entonces ya no le faltará de nada.

—¿Es rico el doctor Morley? —volvió a preguntar.

—Vino a Biddington con los bolsillos vacíos, pero cuenta ya con una clientela muy numerosa. A este paso no tardará en disfrutar de una inmejorable posición económica.

Alec Cuff estuvo pendiente del coche del doctor Morley. Cada dos

por tres se acercaba a la ventana y miraba hacia fuera.

Cuando vio que el coche ya no estaba allí, se volvió hacia su amigo y le dijo:

—Voy a visitar a tus tres vecinos. De alguna manera debo empezar a investigar tu caso, ¿no?

—¿Vas a interrogarles?

—Claro.

—¿Se avendrán a ello…?

—Con la excusa de que ha muerto asesinada la hija del sepulturero… Yo sólo me referiré a eso…

—Pero no tiene que ver una cosa con la otra y…

—¿Y quién te dice a ti que no tiene que ver? —le sorprendió con esta pregunta.

*

Iba dispuesto a hablar con la señora Hilggar. Consideraba que debía dedicar a la anciana las primicias de su interrogatorio. Pero pasó frente a la casa de Basil Nolan y éste, abriendo la puerta y apareciendo, le detuvo con estas palabras:

—Me gustaría hablarle.

—Qué coincidencia —repuso Alec Cuff—, yo también estaba pensando en hablar con usted —se dijo para sí que ya conversaría después con la señora Hilggar.

—Pase, por favor —Basil Nolan le cedió la entrada a su casa.

Ya dentro de la misma, Alec Cuff se dio cuenta de que aquella casa no era como cualquier otra. Podía parecerlo desde fuera, pero una vez dentro se percataba uno fácilmente de que su inquilino era, tenía que ser forzosamente, un hombre extraño. No cabía admitir otra cosa a poco que se mirara alrededor.

Por todas partes había objetos exóticos, inusuales, que hacían comprender que Basil Nolan no era como las demás personas.

Para convencerse de ello bastaba reparar en los ornamentos, en los adornos que se veían en las paredes y encima y dentro de los muebles. Por ejemplo, ocupaba un lugar destacado un látigo de cuatro colas, con bolas de acero en sus extremos, y llamaba la atención la cabeza de un dragón que abría fieramente la boca como si quisiera tragarse a alguien, y no pasaba desapercibido un curvado sable y una inquietante hacha de verdugo…

—¿Le apetece tomar algo?

—No, gracias.

—Siéntese.

—Gracias.

—Quiero ser sincero con usted —Basil Nolan había titubeado un

poco—, no me gusta nada lo que ha sucedido.

—¿Se refiere a...? —y se detuvo para que su interlocutor se lo dijera.

—A la hija de Will.

—¿A la hija del sepulturero...? —quiso puntualizar.

—Sí.

—¿Qué es lo que no le gusta?

—Lo primero, claro, que la pobre chica haya sido asesinada —dijo Basil Nolan, con la expresión de sus ojos, quieta, inocua, tras los gruesos cristales de sus lentes—. Después, que su muerte haya sido tan sorprendente, tan anormal...

—¿Qué ha tenido de anormal, de sorprendente? —inquirió.

—El asesino le atravesó el cuello por docenas de lugares, como si le hubiera hundido en el cuello un finísimo estilete una y otra vez, incansablemente. ¿Acaso no es extraña e in sólita una muerte así?

—No es muy lógico, francamente —reconoció.

—Por lo que me ha dicho el inspector de policía —añadió Basil Nolan—, las heridas del cuello de la víctima son simétricas, es decir, que de una a otra hay exactamente lo mismo que de esa otra a la de al lado y de la de al lado a la otra, y así sucesivamente. ¿Comprende?

—¿Adonde quiere ir a parar? —preguntó Alec Cuff—, Porque quiere ir a parar a alguna parte, ¿no?

—Me gustaría que me dijera lo que piensa usted —su mi rada, por primera vez, se había hecho algo expresiva—. No quiero verme metido en líos.

—¿Por qué teme eso?

—Porque tengo fama de ser un tipo raro.

—¿Lo es?

—Es posible —admitió—, pero no por eso voy a matar a nadie. Resulta absurdo el solo hecho de suponerlo.

—Desde luego.

—Espero que, si averigua algo, me lo haga saber Io antes posible. Le quedaría muy reconocido por ello.

—De acuerdo.

—Pues esto es todo...

—No para mí.

—¿Cómo...?

—Le agradecería que me hablara de la señora Hilggar.

—¿Qué quiere saber?

—Todo.

—Es una anciana muy poco agradable, con un carácter malísimo, nadie la aguanta. La actual señorita de compañía está consiguiendo todo un auténtico récord, lleva ya dos meses a su lado.

—Es una muchacha muy guapa.

—Sí, mucho —asintió.

—¿Está usted interesado por ella? —se Io preguntó poco menos que de sopetón.

—No —contestó Basil Nolan. Añadió—: Mi ideal amoroso es otra mujer, a la que en el pasado amé mucho. Ella se casó con un hombre rico.

—Lo lamento.

—No puedo olvidarla, su recuerdo sigue obsesionándome. Esa mujer destruyó mi vida.

—Por cierto, ¿es muy rica la señora Hilggar? —parecía ya no venir a cuento volver a hablar de ella.

—Riquísima.

—Supongo que tendrá familiares...

—No, no los tiene.

—¿A quién irá a parar, pues, su fortuna?

—Nadie lo sabe.

Cuando Alec Cuff salió de aquella casa, se fue directamente hacia la de la anciana señora Hilggar.

Ya allí, llamó. Pero en esta ocasión no le abrió Marianne, sino una de las criadas. Esta había de decirle que Ia señora no deseaba ver a nadie.

—Vuelva en otro momento, por favor.

Alec solicitó ver a la señorita de compañía.

Una vez se presentó, Marianne le dijo que, en efecto, su señora no quería recibir visitas.

—Haré una excepción —le sonrió—, e iré a ver si la convenzo.

Alec comprendió que le caía bien a la muchacha. Se congratuló de ello. Nada pudo satisfacerle más.

Un par de minutos después estaba ya en presencia de la señora Hilggar. Se trataba de una anciana aún erguida, de voz autoritaria, de gestos duros. Parecía no haber perdido los arrestos de sus años mozos.

—Conque es usted detective, ¿eh, joven?

—Sí, señora —contestó Alec Cuff—, Y la verdad es que me gustaría averiguar quién mató a la hija de Will.

—¿Y para averiguar eso se le ha ocurrido venir aquí? ¿Acaso desconfía de mí o de alguno de mis criados? ¿Quizá -de Marianne, mi señorita de compañía?

—De ninguna de las personas que ha mencionado, se lo aseguro, señora. Pero estoy convencido de que usted puede ayudarme, contando con que sea tan gentil que amablemente se brinde a ello...

—En mi juventud me gustaban los hombres altos, fuertes, varoniles. Vamos, que me gustaban los hombres como usted —pero lo cierto es que la anciana seguía hablando con sequedad—, Esta circunstancia está colaborando a su favor. A cualquier otro le sacaría

ya sin contemplaciones de este salón. No acostumbro a ser muy paciente.

—Me complace no parecerle mal —contestó Alec Cuff—, Y desde luego me encantaría corresponder a sus calificativos con otros no menos gentiles. Sin embargo, mucho me temo que no sea usted una dama propensa a la adulación.

—Efectivamente, no lo soy. Así que, pregúnteme lo que quiera y lárguese luego. Es lo máximo que puedo hacer por usted.

—De antemano le quedo muy reconocido.

Marianne estaba allí, sin decir nada. Se limitaba a escuchar la conversación. Sabía que otra cosa sentaría muy mal a aquella exigente anciana.

—Pregunte de una vez —le apremió—. Vaya directo al asunto.

—¿Conocía usted a la hija de Will?

—Sí.

—¿Sospecha de alguien que pudiera odiarla hasta el extremo de acabar con su vida?

—No.

Abreviaba las respuestas. Se limitaba a meros mono sílabos.

Alec quiso que se rompiera el hielo, que dejara de ser tan escueta, tan concisa. Por lo que la siguiente pregunta la formuló con mala intención, convencido de que la anciana no resistiría la tentación de meterse en el tema.

—¿Qué me dice de su vecino, Basil Nolan? Me han asegurado que estuvo apasionadamente enamorado de una muchacha de Hawstton...

—¡Oh, sí! —exclamó la señora Hilggar—, Se enamoró como un loco, y nunca mejor dicho porque cuando ella se casó con el otro todos creíamos que iba a perder la razón. Por lo demás, yo opino que desde entonces no anda muy cuerdo. Para convencerse de ello basta entrar en su casa y echar un vistazo. —Agregó—. Yo a ella no la conocí, pero todos decían que era muy hermosa.

—¿Qué tiene de malo su casa? —preguntó Alec.

—Todo son cosas raras.

—¿Como por ejemplo...?

—Tiene un látigo de cuatro colas, con bolas de acero en sus extremos, colgado de la pared. Y la cabeza de un dragón, con las fauces abiertas. Y tiene también un sable, y un hacha de verdugo...

—Bueno —quiso mostrarse condescendiente—, hay manías para todos los gustos.

—Sí, claro, bien mirado... —Pero a la anciana no debió satisfacerle su propio asentimiento, así que añadió—: En una ocasión vi en su casa otra cosa rara... Desde luego la cosa más rara de todas...

—¿Qué era?

—Unos guantes —contestó la señora Hilggar.

—Unos guantes no son nada extraordinario —dijo Alec.

—Esos sí lo eran —aseguró—. Eran de hierro.

—¿De hierro?

—Con infinidad de púas en sus palmas.

—¿Ha dicho púas…? —y se removió en su asiento.

—Debía tratarse de algún arma, aparato, herramienta, como usted prefiera, de otros tiempos, de tiempos pasados —opinó la señora Hilggar. lejos por lo visto de atar cabos—. Algo para herir o atormentar, supongo que incluso para matar, claro… Dese cuenta —agregó la anciana—, ese hombre no está del todo en sus cabales. Pero mientras no haga mal a los demás, ni se meta con nadie, todo el mundo tiene derecho a la vida.

—Desde luego.

Alec Cuff había averiguado mucho más de lo que se esperaba. A pesar de eso, se propuso seguir charlando como si tal cosa.

—¿Y no hay actualmente otra mujer en la vida de Basil Nolan?

—En absoluto —aseguró la anciana.

—Pues lo normal sería que… Ya se sabe fisiológicamente… —quedó a la espera de que la anciana ratificara lo dicho o añadiera alguna cosa más.

—Aborrece a las mujeres —manifestó la señora Hilggar—, Su mayor placer estriba en menospreciarlas. Pero, oiga, joven —fue como si de pronto se le ocurriera—, no estará relacionando lo que le digo con el asesinato de la hija del sepulturero, ¿eh?

—Me estoy limitando a escucharla. Y respecto a Susan Dowr…

—Es la prometida del doctor Morley. El doctor Morley viene a visitarme a menudo desde hace ya más de dos años. A mi edad, ya se sabe, todo son achaques. Es un joven agradable. Ah, pero me preguntaba por su prometida…

Había dejado de ser parca en palabras. Los meros monosílabos habían quedado a un lado. Incluso ahora parecía estar disfrutando con aquella conversación. Una conversación en la que Marianne seguía sin intervenir.

—Su prometida es una muchacha como cualquier otra, del montón. Ni muy guapa ni muy inteligente. Como las hay por todas partes. Creo que el doctor Morley hubiera podido pedir más, elegir mejor. Supongo que debe haberle atraído de ella su aspecto saludable.

—Y en cuanto a Raymond Leans, ¿qué opina? Supongo qué no va a decirme nada malo de él porque sabe que es mi amigo.

—Por muy amigo suyo que fuera —soltó la anciana—, le diría todo lo que me pareciera si deseara decírselo. Sin embargo, como le aprecio…

—Me satisface oírselo decir.

—Cuando sufrió el accidente y perdió la memoria, puse en duda

su futura salud mental. Pero sólo se trató, afortunadamente, de una amnesia pasajera.

Siguieron hablando durante bastante rato, sin que Marianne, ni entonces, ni más adelante, se permitiera intervenir. En realidad era como si no hubiera estado allí.

Finalmente, Alec se despidió de la anciana agradeciéndole la atención que había tenido a bien dispensarle.

La muchacha dijo:

—Le acompaño hasta la salida.

Ya en la puerta, Alec había de hacer constar:

—No ha metido baza.

—A la señora Hilggar le gustan las personas discretas —le respondió.

—No debo, pues, haberle gustado yo.

—Su caso es diferente —dijo Marianne sonriendo—. Ya la ha oído, en su juventud le gustaban los hombres como usted.

—¿Y a usted, Marianne, cómo le gustan?

—No como los que he conocido hasta ahora.

—A mí no me ha conocido aún —puntualizó, dándole a entender que él no estaba en esa lista.

—No, claro.

—Por cierto, me gustaría que también usted me respondiera a unas cuantas preguntas.

—Lo lamento, pero si me entretuviera la señora Hilggar se disgustaría conmigo y sería capaz de despedirme. No puedo.

—Se me acaba de ocurrir una idea. Esta noche la espero a eso de las once… ¿Le va bien a esa hora?

—La señora Hilggar se acuesta pronto —le hizo saber la muchacha —. Sí, me va bien a esa hora. ¿Pero dónde va a esperarme?

—Usted sale de aquí y yo salgo de la casa de mi amigo. Nos encontrarnos a medio camino. ¿Vale?

—Si a usted le parece bien por mí no ha de quedar.

—De acuerdo.

Había de ir seguidamente a la modesta casa de Susan Dowr. Ya sólo le faltaba dialogar un poco con la prometida del doctor Morley.

—Puede preguntarme lo que desee —Susan Dowr le había hecho entrar con gesto natural, desenvuelto—. No faltaría más.

—No le ha sorprendido verme…

—Mi prometido acaba de estar aquí, y me ha dicho que está usted dispuesto a aclarar el crimen cometido. Sabiéndolo, hágase cargo, no ha podido extrañarme que fuera usted quien llamara a mi puerta.

—Sí, claro.

—Diga, diga…

—¿Sospecha de alguien?

—¡Oh, no, yo no sospecho de nadie! —exclamó la muchacha—, En absoluto. Puedo asegurárselo.

—Bueno, al menos dígame qué opinión le merece la señora Hilggar.

—Es una anciana que parece sentir afecto por mi prometido, el doctor Morley. Siendo así, creo que pecaría de desagradecida si la criticara en mayor o menos medida.

—¿Hay motivos para esa crítica...?

—Tiene un carácter malísimo —repuso Susan Dowr—, y por lo demás, es dura, fría. Eso se lo dirá cualquiera, empezando por sus criados y acabando por su señorita de compañía.

—Marianne... Se llama Marianne, ¿verdad? —se hizo el despistado.

-Sí.

—¿Qué clase de muchacha es?

—Es muy seria. Cuando vino aquí, al verla tan guapa, tan atractiva, supuse otra cosa. Me equivoqué.

—Basil Nolan...

No hizo falta más para que la muchacha le atajara. Lo hizo exclamando:

—¡Vaya tipo raro!

—¿En qué sentido...?

—Eso no lo sabe nadie. Pero para mí que se desquició su cabeza cuando su novia se casó con otro.

—¿Conoció usted a su novia?

—No vino nunca por aquí. Nadie la conoció. Decían que era muy hermosa.

—Sólo me queda preguntarle lo que opina de mi amigo...

—Raymond Leans es una buena persona. No hace falta que yo se lo diga. Usted ya lo sabe.

—Sí, ya lo sé —asintió Alec.

Cuando llegó a la casa de Raymond Leans, salía la mujer de mediana edad que antes había visto avanzar por la carretera con un bolso colgado del brazo.

—Ya he arreglado un poco la casa —le comunicó Emma con gesto afable—. Hasta mañana.

CAPITULO V

A Alec Cuff le hubiera gustado una noche llena de rutilantes estrellas. Era lo adecuado si se tenía presente que estaba citado con una guapa muchacha.

Pero en lugar de rutilantes estrellas, el cielo se hallaba encapotado, negro. Además, había aparecido una niebla que parecía un velo. Un tupido velo que se inmovilizaba de un modo ciertamente nada acogedor.

De cualquier modo, no tardaría en reunirse con Marianne. Esperaba el momento con impaciencia, y no exactamente por las respuestas que ella pudiera facilitarle sino por el beso que él iba a darle...

Apenas se encontraron a medio trecho, entre los pequeños arbustos del terreno, Alec, lo dicho, abrazó a la muchacha y la besó.

—Oiga, no sea fresco.

—¿Te he molestado?

Marianne quiso ser sincera con él como lo era consigo misma.

—Si no llegas a hacerlo me hubieras desilusionado. Pero no repitas, sé poner a raya a los hombres, en esto soy muy clásica. Si te imaginas otra cosa...

—Ya me han dicho que eres muy seria.

—Sí, lo soy —contestó Marianne—, Me veo obligada a serlo, no tengo suerte con los hombres. Todos resultan ser casados y tener malas intenciones.

—Tu mala suerte ha concluido. Yo soy soltero y estoy lleno de buenas intenciones —bromeó.

—Mejor así —bromeó ella a su vez—. Estoy cansada de dar bofetadas.

—Yo creía que las bofetadas ya no se estilaban.

—Prueba a ver.

—Ejem, ejem... —carraspeó. Luego había de añadir—: Será mejor que hablemos del crimen que se ha cometido. ¿Tú sabes algo?

-No.

—¿Conocías a la hija de Will?

—Sí, claro. El otro día la vi y hablamos.

—¿Qué te dijo?

—Nada de particular. Bueno —acababa de recordarlo—, me dijo que tenía el presentimiento de que la suerte iba a empezar a sonreírle. Ahora que lo pienso, estaba algo enigmática.

—¿A qué clase de suerte se refirió? —preguntó Alec—. ¿Acaso a algún chico que le gustaba?

—Creo que se trataba de dinero —dedujo Marianne, tras habérselo

pensado un poco—. La dejé junto al escaparate de una boutique, ante un vestido muy caro. Me dijo que se lo iba a comprar, lo que me sorprendió, claro.

—¿No mencionó, por casualidad, a alguien? Por ejemplo, a Basil Nolan, o a Susan Dowr, o a la señora Hilggar…

—No que yo recuerde.

—¿Y a mi amigo Raymond Leans…?

—No.

—Dime ahora, ¿seguirás mucho tiempo como señorita de compañía de la señora Hilggar?

—Te veo venir.

—¿De veras…?

—Estás pensando que cuando aguanto tanto en un puesto en el que no han aguantado otras, eso significa que quiero quedarme a toda costa por algún motivo especial. Y se te ha ocurrido pensar que, como la señora Hilggar es muy rica y no tiene familia, a mí me ha pasado por la cabeza la idea de ser paciente, tolerante, cariñosa, y llevarme a la postre…

—Sí, he pensado en eso —reconoció Alec Cuff.

—Pues estás muy equivocado —dijo la muchacha—. Primero, porque la señora Hilggar es una mujer dura, fría, a cuyo corazón no es fácil llegar. Segundo, porque yo soy incapaz de demostrar cariño por quien no lo siento. Y no, yo no siento el menor cariño por esa señora. La atiendo lo mejor posible, procuro complacerla en todo como es mi obligación, pero nada más. Para sentir afecto por ella, tendría que ser de otra manera, y no lo es.

—¿Cómo es exactamente?

—Es incapaz de dar una moneda a un pobre, ni de dar dinero para hospitales, ni para obras de beneficencia, ni para nada. Casi parece complacerse en decir que no.

—Conmigo estuvo bastante amable.

—La encontraste en un buen momento. La verdad es que cuesta soportarla.

—Pero tú la soportas estoicamente.

—Sí —asintió—, y la explicación es sencilla. Antes ya he rozado el tema al decirte que no he tenido suerte con los hombres —Marianne añadió—: Cada vez que me han admitido para un trabajo, el jefe se ha metido conmigo. ¡He te nido que verme ante cada cosa! Mi último jefe, ¿sabes lo que pretendía el muy… el muy…?, pues hacer el amor conmigo sobre la mesa del despacho. En fin —concluyó—, que ahora tengo un sueldo decoroso, nadie me importuna por lo menos en ese sentido, y me siento en el cielo, a pesar del mal carácter de la señora Hilggar.

La conversación quedó interrumpida en este punto porque oyeron

un ruido, que de momento, no supieron a qué se debía.

—Alguien viene por la carretera —dijo Alec.

—Eso parece.

—Acerquémonos, pero sin que nos vean.

Protegiéndose tras los arbustos llegaron hasta la misma carretera. Pero la niebla era tanta, y tan espesa, tan compacta, que tal protección casi resultaba innecesaria.

Vieron llegar un triciclo.

—Es el chico del supermercado —repuso Marianne—, ¿Qué hará a estas horas por aquí?

*

El cajón estaba cerrado con llave.

Fue abierto.

Dentro del cajón aparecieron unos guantes. Unos guantes de hierro.

Instantes después las manos del asesino se habían metido allí, en el interior de esos guantes que a pesar de ser de hierro podían moverse y articularse con facilidad.

Las palmas se hallaban cubiertas de púas... Punzantes y puntiagudas, daban, sin necesidad de más, la medida exacta de su misión: ¡MATAR!

*

El chico del supermercado detuvo el triciclo y se quedó a la espera de algo, o de alguien. Eso sólo debía saberlo él.

Parecía estar un poco impaciente, pero se le pasó. Debió decirse a sí mismo que no tenía por qué ponerse nervioso, que todo iría bien, perfectamente.

Alec Cuff llegó hasta él, preguntándole si le pasaba algo o si necesitaba alguna ayuda.

—No me pasa nada —contestó el mozalbete—. Ni necesito ayuda. ¿Para qué iba a necesitarla?

No terminó de convencer a Alec, pero nadie podía obligarle a decir lo que no quería. Así que, poco después volvía a encontrarse solo muy cerca de la cuneta de la carretera, junto a su detenido triciclo.

—¿A quién crees tú que estará esperando? —preguntó Marianne.

—No lo sé —dijo Alec—. Tal vez a alguna chavala.

—Es posible —sonrió la muchacha.

—De todos modos —puntualizó—, no son horas de estar fuera de casa. Sus padres deberían atarle más corto. Los riesgos innecesarios

no conducen a ninguna parte.

—¿Riesgos innecesarios...? —se asombró Marianne.

—La hija del sepulturero fue asesinada, ¿no?

—Eso no quiere decir que haya de serlo todo aquel que de noche... —se quedó con una sensación muy desagradable.

—Supongo que no —dijo Alec—, Pero yo en su lugar no me fiaría. Yo nunca me fío de nadie.

—Si buscas al asesino de la hija del sepulturero y si por lo demás no te fías de nadie, supongo que sospecharás incluso de tu amigo Raymond, ¿no es eso?

—Fue él quien me mandó llamar.

—Pero si tan desconfiado eres...

—Mi profesión me obliga a serlo.

—Lo que significa —quiso aclarar la muchacha, y su mohín era de enfado—, que a mí también debes estar mirándome con recelo...

—Para que no digas más tonterías, ya has dicho bastantes, me veo obligado a darte otro beso.

Unió la acción a la palabra.

*

Movía las manos. Quería recalentar sus músculos, sus dedos. Así los ejercitaba para el trabajo, para la tarea, que le esperaba.

Llevaba puestos los guantes de hierro. Que a pesar de ser de hierro podían moverse y articularse sin esfuerzo. Lo había podido constatar fácilmente en aquella otra ocasión, cuando tuvo que acabar con la hija de Will. Todo había resultado tan sencillo que aún no terminaba de creérselo.

Se miró las palmas de las manos. Estaban cubiertas de púas, terriblemente punzantes, escalofriantemente puntiagudas...

*

El chico del supermercado se cansó de esperar y decidió sentarse en el mojón que había allí cerca, apenas a unos dos o tres metros.

La niebla le rodeaba y se dijo que en Biddington siempre estaban así. Se dijo también que si algún día pudiera se iría a vivir a otra parte. Lo malo era que a sus padres no les iba a gustar la idea. Pero bueno, aún faltaba bastante para que fuera mayor y pudiera independizarse.

Oyó, o creyó oír, unos pasos a su espalda, y volvió la cabeza.

Mejor dicho, intentó volverla. Unas manos de hierro surgieron de pronto de entre la niebla y se aferraron, se clavaron en su cuello.

Un cuello que se sintió drásticamente herido y atravesado,

mientras veía cómo su propia sangre, ante sus propios ojos, se convertía en un surtidor.

En un siniestro surtidor que le hizo comprender que no iba a llegar a viejo.

CAPITULO VI

El doctor Morley acababa de recibir en su consultorio a la siguiente visita, al nuevo paciente.

—¿Usted...?

Se sorprendió al ver que se trataba de Alec Cuff, y se quedó arrugando un poco el entrecejo.

—No vengo como enfermo —le hizo saber el recién llegado.

—No, claro... —y sacando sus conclusiones con cierta rapidez—. Se abstuvo de preguntarme algo en presencia de su amigo, ¿no es eso?

—Efectivamente —repuso Alec, ya acomodado en uno de los silloncitos situados frente a la mesa del escritorio.

—Pregunte —dijo el doctor Morley, a su vez ya sentado en su sillón giratorio.

—Mi amigo Raymond sufrió de amnesia hará unos seis meses... —empezó a decir.

—Tuvo un accidente de coche —repuso el doctor Morley—, y si, a partir del golpe recibido...

—Un tratamiento adecuado hizo que la memoria volviera a su mente. Como si nada hubiera pasado —Alec iba directo a la cuestión.

—Sí.

—Tengo entendido que le atendió usted.

—Sí —volvió a decir.

—Pues bien —repuso Alec—, yo venía a preguntarle si mi amigo ha recuperado la memoria por entero. Es decir, si su curación ha sido completa.

—¿Algo le induce a creer que no ha sido así? —inquirió el doctor Morley, arrugando un poco más el entrecejo.

—Tal vez.

Quedó a la espera de que aquel caso le fuera debidamente aclarado. Necesitaba, antes de decantarse por una u otra su posición, saber a qué atenerse a este respecto.

—Será mejor que se lo diga... —el doctor Morley se decidió a hablar—. Su amigo lo recuerda todo menos cuarenta y ocho horas vividas no sé dónde... Pero él no sabe que existe esa laguna, ese lapsus en su mente, cree, sincera y honestamente, que lo ha recordado todo... Yo he podido sacarle de su error, decirle que, por lo que me ha contado, quedan dos días total y absolutamente en blanco...

—¿Y por qué no se lo ha dicho? —quiso saber.

—He considerado que tal omisión no podía perjudicarle, sino todo lo contrario, beneficiarle. Saber que algo no termina de funcionar en su cabeza, sólo había de servir para que su psiquis...

—La psicología no es mi fuerte —puntualizó Alec Cuff, casi

interrumpiéndole—. Por lo que, si usted me asegura que lo hizo por su bien, yo no soy quien para llevarle la contraria. Dígame ahora, ¿cómo sabe usted que Raymond no lo ha recordado todo…?

—Salió de su casa un lunes por la mañana —le comunicó el doctor Morley—, y su coche fue encontrado, estrellado contra un árbol de la carretera, cerca de Hawstton, al viernes siguiente… Cuando unas semanas después empezó a recuperarse de la amnesia en que había quedado sumida su mente, sólo recordó lo que hizo el lunes, el martes, y el miércoles, pero por lo que atañe a aquel jueves y a aquel viernes, nada…

—Comprendo.

—Viendo que la ambigüedad de sus respuestas no conseguían llenar aquellos dos días —prosiguió el doctor Morley—, yo tergiversé un poco las cosas, quité toda importancia a sus omisiones y así llegamos a un punto en que pareció que todo era correcto. Yo pensé —añadió—, que si más tarde recordaba lo que le había sucedido, pues bien, mejor; y si no, resultaba preferible no inquietarse innecesariamente. Bien mirado, ¿a qué remachar y dar una excesiva importancia a lo que en realidad no la tiene? Le aseguro que en la amnesia hay casos tan variados, tan diversos…

—Sí, claro.

—Le he dicho la verdad a usted —repuso seguidamente el doctor Morley—, porque está investigando la muerte de la hija de Will y la de ese chico del supermercado, y le veo sospechando de todos… Y al decir de todos me incluyo yo mismo, claro que si, ¿por qué no? Aunque a la vez encuentro absurdo, ridículo, que usted pueda estar recelando de mí. ¿Qué motivos podía tener yo para matar a ese par de muchachos? Ninguno. Por lo demás, mi misión es salvar vidas, no acabar con ellas. Le he dicho la verdad a usted —repitió—, porque si me cogiera en una mentira entonces podrían complicarse demasiado las cosas. Lo que no deseo que suceda.

—Le agradezco que me haya informado correctamente.

—Yo le aconsejaría que no hablase con su amigo del tema —observó el doctor Morley—. Ahora bien, si por lo que fuera resultara imprescindible, o meramente necesario, hágalo tranquilamente.

—De acuerdo.

—Antes de irse —se anticipó al gesto de Alec, que ya se disponía a levantarse—, me gustaría que me respondiera a una pregunta.

—Prefiero hacerlas a responderlas. Pero ha sido usted muy amable, conmigo, así que no puedo negarme a lo que me pide.

—¿Ha venido usted a Biddington, a la casa de su amigo Raymond, por casualidad…? Tengo el presentimiento de que fue él quien le mandó llamar.

—Me mandó llamar —reconoció—. No tengo por qué decir una

cosa por otra.

—Pues cuando usted llegó —concretó el doctor Morley—, aún estaba todo en calma. Aún no se había cometido ningún crimen.

—Es cierto.

—Se deduce, pues, que usted vino por otro motivo.

—Sí —asintió.

—Otro motivo, el que sea, que usted no va a decirme.

—No.

Cuando salió del consultorio, Alec Cuff se dirigió a su coche que había dejado aparcado cerca de allí. Se cruzó con dos o tres personas a las que no conocía.

Se puso al volante, y antes de tener tiempo a girar la llave de contacto vio cómo un hombre se le acercaba. No oyó lo que le decía y bajó el cristal de la ventanilla.

—Soy Will, el padre de la muchacha asesinada —esta vez sí le oyó —. Necesito hablar con usted.

—Entre en el coche.

Apenas el sepulturero se sentó a su lado, le dio a la marcha. Era preferible que les vieran juntos las menos personas posibles. Nunca se sabe.

—¿Qué tiene que contarme?

—Algo que todavía no he dicho a nadie.

—¿Y quiere decírmelo a mí?

—Sí.

—¿Por qué?

—Me he enterado de que es usted detective.

—Pero está el inspector de policía…

—Prefiero entendérmelas con usted. La gente de ciudad es más lista.

—¿De qué se trata?

—Unas noches antes de que asesinaran a mi hija, me su cedió algo… Creo que debe saberlo.

—Le escucho.

—Estaba en el cementerio, arreglando uno de los nichos recién construidos, y de pronto, entre la niebla y las primeras sombras de la noche, oí hablar a una muerta…

—¿Ha dicho que oyó hablar a una muerta? —inquirió Alec, lanzándole una rápida mirada.

Luego volvió a mirar el trazado de la carretera.

—Eso he dicho.

—Pues si le oyó hablar —puntualizó—, debía estar aún viva.

—La voz salía de uno de los nichos…

—Se llevaría un buen susto, ¿eh?

—Sí, sí —asintió el sepulturero. Al poco dijo—: Pero se lo conté a

mi hija y ella no me hizo caso, se quedó tan fresca. Un par de días después, sin embargo, la habían matado. Precisamente allí, junto a los nichos recién construidos.

—Vayamos por partes —repuso Alec—, ¿Qué palabras pronunció esa muerta...? O enfocándolo de otro modo, ¿qué dijo exactamente esa voz de ultratumba...?

—«He conseguido escapar... El lienzo ya no es mi prisión... Ahora haré lo que quiera de mi vida... Y si deseo matar, mataré». Esto es lo que dijo.

—¿Quiere repetírmelo? —había detenido el coche, volviéndose hacia su acompañante.

Se lo repitió.

—Francamente —reconoció Alec tras haber escuchado de nuevo aquellas palabras—, acaba de darme usted una buena pista.

—Confiaba en que mi explicación pudiera servirle. Yo quiero que detengan al asesino de mi hija —se había crispado violentamente su rostro—. Nunca en mi vida he querido algo con más ira, con más furor, con más desesperación...

—Confíe en la justicia... —dijo Alec, saliendo al paso de lo que adivinaba—. No pretenda vengarse usted.

—Sólo puedo asegurarle una cosa —aclaró Will—, si yo doy con el asesino, lamentará haber nacido...

En vano intentó apaciguarle, decirle que el castigo le llegaría al asesino por la vía legal. Todo en vano. El sepulturero no se avenía a razonamientos.

—Bueno, puede parar cuando quiera. Ya le he dicho lo que tenía que decirle.

—Le llevaré hasta el cementerio.

—No quisiera molestarle... Pero si viene —en medio de su rostro violentamente crispado cruzó una sonrisa que helaba el espinazo—, le enseñaré algo...

Ya en el interior del pequeño pabellón anexo al cementerio, Alec Cuff vio que ese algo que Will quería enseñarle era un ataúd.

Pero no un ataúd tradicional, como los demás. Era de medidas un poco especiales, más ancho de lo normal, todo cubierto de una gruesa capa de...

—¿Qué material es ése? —le preguntó Alec, desconcertado—. ¿Para qué lo pone?

—La finalidad de ese material es que no salgan al exterior los gritos que puedan sonar en el interior...

—Lo que ha dicho no tiene la menor gracia. Usted sabe perfectamente que los muertos no gritan.

—Así que acabe el trabajo —repuso el sepulturero—, pienso cambiar a mi hija de sitio... La metí en un ataúd muy sencillo, de

mala madera, no quiero que siga ahí. ¿Sabe lo qué voy a hacer? La pondré aquí…

—No comprendo el porqué de ese material —miró con atención a Will—. Su hija no va a gritar. No comprendo… —repitió.

El sepulturero había de decir:

—Quizá, más adelante, lo comprenda…

No hubo manera de sacarle nada más, y Alec terminó encogiéndose de hombros y saliendo del cementerio.

Miró su reloj de pulsera. Eran las cinco de la tarde.

Hacía frío, y el viento soplaba fuerte. Se levantó el cuello de la americana.

Fue entonces cuando, pegado a la tapia del cementerio, vio a un hombre de mediana estatura, de gesto furioso, irascible. Iba rapado al cero y su cráneo relucía. Alzó la diestra y apareció un cuchillo.

—Voy a matarte, hijo de puta —afirmó.

*

—No te exaltes, amigo —dijo Alec—, que yo a ti no te he hecho nada. Por lo demás, soy de lo más pacífico e inofensivo de este mundo, te lo aseguro.

El hombre de la cabeza rapada, de reluciente cráneo, pareció no oírle y avanzó con el brazo levantado y la mano apretando fuertemente el cuchillo que esgrimía.

—¿Quién te ha mandado acabar conmigo? —le preguntó, mientras iba retrocediendo precavidamente—. Porque tienes pinta de mandado… ¿No me quieres decir quién te paga? Pues haces mal, ya van dos muertos por estos lugares y si te los achacan a ti vas a pasarlo bastante mal… ¿O acaso has sido tú, de verdad, quien mató a la muchacha y después al chico…? No, no termino de creerlo así…

Siguió viendo cómo avanzaba amenazadoramente, y cómo lo hacía de forma que él se viera obligado a ir hacia atrás, de nuevo hacia la tapia del cementerio. Parecía no haberle oído. Como si fuera sordo y sus palabras no hubieran llegado a sus tímpanos.

—Si alguien te paga, y si duda debe pagarte bien —y Alec continuaba retrocediendo dándose tiempo a sí mismo—, es porque a ese alguien le amosca que yo intente meter mi sentido pituitario en esto, ¿eh?. Pues pienso seguir adelante, para que te enteres —agregó —, porque tú no vas a mandarme al otro mundo por mucho cuchillo que lleves.

Vio que daba un salto hacia adelante, descargando una cuchillada de padre y muy señor mío. Pero esperaba su acometida, y veloz de reflejos y rapidísimo de movimiento, le esquivó a tiempo. El cuchillo casi se incrusta en la tapia.

—Vaya modales… —se quejó—. Si creía que bromeabas, ya he visto que no…

El cuchillo se dispuso a descargar un nuevo golpe, pero la mano del hombre rapado, de cráneo reluciente, se vio sujeta férreamente por la muñeca. El cuchillo quedó inmovilizado en el aire.

—Suéltalo de una vez —Alec apretaba cada vez más la muñeca de aquel hombre—. Te puedes cortar…

Terminó lanzando un bufido y aflojando el cuchillo.

—Así está mejor —dijo Alec—, Ya estamos en iguales condiciones. Pero no, lo cierto es que ahora estás tú en desventaja, los puños son mi fuerte…

—Te vas a comer todo lo que has dicho —barbotó el hombre.

—Yo no me como nada que no me apetezca.

—No ha nacido quien tenga suficientes cojones como para…

Quiso sorprenderle y se abalanzó hacia adelante. Alec detuvo su golpe con el brazo izquierdo, doblado, antepuesto a su rostro, y a su vez cerró el puño de su diestra, lo impulsó con fuerza y lo incrustó terroríficamente en el estomago de su adversario.

Este soltó un quejido angustioso, ahogado, y se dobló.

Alec repitió el golpe, éste aún más demoledor, si cabe, y el hombre rapado al cero, con el cráneo reluciente, se dobló definitivamente sobre su puño. Quedó como colgado de un gancho.

Alec retiró el puño y el hombre, sin necesidad de más, se fue al suelo.

—Si que eres blandengue…

Se dispuso a levantarse y a acometer de nuevo. Además, había visto allí cerca, sobre la tierra, el cuchillo. Si pudiera cogerlo…

—Nada de cuchillo —dijo Alec, adelantando la pierna y apartando con su pie el arma blanca.

Aún no se había puesto en pie el hombre rapado al cero, de cráneo reluciente, cuando se oyó la sirena de la policía.

La sirena llegaba de un coche patrulla. Un coche que no tardó en llegar allí, deteniéndose.

—Vaya, joven, se ha lucido usted —comentó uno de los policías que se habían apeado—. Ha atrapado por las buenas a nuestro hombre. Enhorabuena.

Otro policía había de añadir:

—Se ha escapado de la prisión a primeras horas de esta mañana. Es un sujeto peligroso. Vale más que vuelva entre rejas.

A Alec Cuff se le escapó un suspiro de resignación:

—He gastado mis fuerzas en otro asunto. ¡Vaya por Dios! —pensó.

CAPITULO VII

Luego de observar el lienzo en que la figura de Geraldine había desaparecido, Raymond Leans cogió un pincel y de nuevo, en otro lienzo, empezó a plasmar el rostro de la muchacha que con anterioridad había ya pintado.

—Muy hermosa... —comentó Alec ante los primeros rasgos que aparecieron ante sus ojos. Y añadió—: Por lo que veo, sigues sin necesitar tener la modelo delante...

—Es como si la llevara dentro —musitó.

Alec quiso empezar a poner las cosas en su sitio. Era el momento de hacerlo. Ya no había por qué esperar más.

—¿Sabes lo que a mí se me ocurre al contemplar ese vacío...? —le preguntó—. Pues se me ocurre, simple y llanamente, que alguien cogió unas tijeras y recortó Ia figura.

—¿Qué...? —Raymond Leans no había terminado de hacerse cargo de aquel escepticismo.

—Sí, sí, alguien cogió unas tijeras y recortó la figura —dijo Alec—. Desde luego, una cosa resulta evidente, clarísima, hay una persona que está pretendiendo ponerte el alma en vilo. Y lo está pretendiendo porque sin duda ha comprendido que tienes un carácter inseguro, perturbable, apropiado para lo que se propone...

—Estoy asustado —repuso Raymond Leans—. Y más que eso, si he de serte sincero. Ya te lo dije en la carta y te lo dije también cuando llegaste. Este horror acabará con mi vi da si tú no me ayudas. Porque Geraldine volverá y entonces me matará...

—Para, para, no tan aprisa. Lo estás desorbitando todo —Alec había de hacer una pausa, prosiguiendo seguidamente—. Bueno, la verdad es que yo no oponía peros a tus rece los, a tu miedo, porque te veía excesivamente excitado. Pero ahora el doctor Morley ya te tiene en tratamiento y te hallas en disposición de razonar sensatamente. Así que, dispón de escucharme.

—Sí, sí... —asintió.

—Todo ese horror del que me hablas, no existe, son sólo figuraciones tuyas —repuso Alec—. Ni tu pintura tuvo nunca vida propia, ni esa pintura ha de volver para hacerte daño... Alguien ha querido impresionarte más de la cuenta y ha procedido en consecuencia. ¿Con qué finalidad lo ha hecho? Eso no lo sé, pero tranquilízate, estoy aquí para averiguarlo.

—Pinté a Geraldine dominado por una excitación incontenible, febril, y en realidad Geraldine es un ser inexistente... —dijo Raymond Leans—. Esto es muy extraño, realmente alarmante... Después, una vez pintada, vi cómo desde el lienzo me miraba ofreciéndome su

amor... Sus ojos no podían ser ciertamente más elocuentes, más expresivos... Luego, su expresión cambió y me miró con odio... Y una noche recorrió la casa... Finalmente se escapó del cuadro.

—¿Por qué no te tomas otro sedante? —fue la respuesta de Alec—. Te está haciendo falta.

—Eso significa que no me crees.

—A ti, sí —aseguró—, pero no creo en lo que me cuentas. No, no puedo —se negó rotundamente a ello—, admitir todos esos disparates juntos, por favor, Raymond, no te dejes llevar por tu emotividad, concede un equilibrio adecuado a tus ideas y...

—Lo intento... Io intento... —dijo y repitió, tal vez, por primera vez, comprendiendo que todo aquello no podía ajustarse a una realidad seria y coherente.

—Por cierto —dijo Alec—, ahora ya sé que es cierto lo que sospechaba, que hay conexión, puntos de contacto, entre esos crímenes cometidos y este cuadro...

—¿Cómo...? —se sobresaltó Raymond Leans—. ¿Cómo lo sabes...?

—Me acaban de hablar de una muerta que habla —le contestó—. De una muerta que dice ser la muchacha del lienzo Por lo demás, esa muerta habló donde fue asesinada la hija del sepulturero. Una coincidencia sumamente significativa...

—Entonces, la muchacha del lienzo, Geraldine... —pero se interrumpió, la mirada a la vez firme y severa de Alec no le estaba dando opción a proseguir.

—Alguien recordó la figura del cuadro, esto es todo. No le des más vueltas —zanjó Alec—, El resto lo averiguaré yo.

Había de esperar a la noche para seguir con el plan que se había trazado. Y había de esperar también a que Basil Nolan saliera de su casa.

Solía hacerlo aproximadamente a aquella hora. Cogía el coche y se iba a Biddington. Allí había un bar en el que se reunía con sus amigos. Solían jugar al póquer.

Así que le vio alejarse, Alec Cuff se dispuso a intervenir. Se había propuesto entrar en su vivienda y encontrar aquellos guantes de hierro que la señora Hilggar había afirmado que, en cierta ocasión, vio expuestos en la vitrina de un mueble. Sólo teniendo los guantes en su poder y pudiendo observarlos de cerca, le sería posible sacar la conclusión de si eran o no el instrumento homicida.

Ya fuera, protegiéndose tras los arbustos, Alec se fue acercando con cautela a la casa de Basil Nolan. Sabía que su dueño no estaba, pero tampoco quería que le viera ninguna otra persona.

La noche era como todas. Como todas, al menos, desde que él había llegado. Fría, con niebla y muy oscura.

La oscuridad no iba a ser un impedimento. Llevaba una linterna

que encendería así que le fuera preciso. Pero de momento prefería ir orientándose sin ayudas.

Ya cerca de la casa de Basil Nolan, cuando sacaba la ganzúa con la que pretendía abrir la puerta, oyó que alguien le seguía.

Rápido, llevó la diestra hacia atrás, a la cintura, donde no se había olvidado de poner su automática. Solía ser pre cavido. Máxime, claro, cuando se iba a meter en camisa de once varas.

No llegó a coger la automática. Era Marianne quien estaba allí.

—Te he visto salir y se me ha ocurrido venir a preguntarte qué haces... —el tono de la muchacha era un poco de disculpa.

Como adivinando, tal vez, que al detective no le había complacido excesivamente que se metiera en sus cosas.

—No me gusta que la gente sea curiosa —le contestó Alec.

—Pues tú sí eres curioso —dijo ella.

—¿Conoces algún detective que no lo sea?

—Los detectives, a veces, tienen ayudantes... —se justificó.

—¿Y esto qué significa? ¿Estás buscando un nuevo empleo?

—Me encantaría encontrarlo a tus órdenes —e insistió—. Anda, dime qué estás haciendo...

—Nada, aún nada. Iba a hacerlo.

—¿El qué...?

—Entrar en esta casa —no le importó decírselo.

—Es la casa de Basil Nolan.

—Ya lo sé. Precisamente por eso.

—¿Y cómo vas a entrar? La puerta está cerrada.

—Llevo una ganzúa. En menos de medio minuto estaré dentro.

—Estaremos... Me dejas seguirte, ¿verdad?

Alec iba a decirle que no, pero encontró conmovedora la súplica de sus ojos y cambió de parecer.

—De acuerdo —le dijo.

—Gracias.

Una vez la ganzúa cumplió su cometido, la pareja entró en la casa. Y ya en el interior de la misma, Alec empezó a buscar aquello que tenía todas las trazas de ser la clave del asunto, o al menos uno de los componentes esenciales y más destacados del asunto.

No tardó en poner su mirada en las paredes. Ahí estaba el látigo de cuatro colas, con bolas de acero en sus extremos. Y la cabeza de dragón con las fauces abiertas. Y el sable, y también el hacha de verdugo...

Buscó el aparador con la luz de la linterna. Había preferido no darle al interruptor. Así resultaba todo mucho más discreto, menos comprometedor.

Dentro del aparador no vio nada de particular.

—¿Qué buscas...? —le preguntó Marianne, que se había pegado a

él porque no las tenía todas consigo.

—Unos guantes —contestó él bajando la voz.

—¿Unos qué...?

Alec buscó en la habitación contigua, que era el dormito rio de Basil Nolan. Se fue hacia allí sin haber respondido a la muchacha. Esta le siguió como un perrito faldero.

Luego de mirar a su alrededor, Alec se dispuso a abrir el armario. Pero lo encontró cerrado, y la llave no estaba puesta.

Metió la mano en el bolsillo del pantalón. Iba a necesitar de nuevo los eficaces servicios de la ganzúa.

La cerradura cedió en un verdadero santiamén, y fue entonces cuando Alec Cuff se encontró con lo que menos podía esperarse. La sorpresa resultó tan patente, tan manifiesta, que lo cierto es que por unos instantes se quedó parado. Pero no era un hombre propenso a que las sorpresas pudieran más que él. por lo que reaccionó en seguida.

Por su parte, Marianne había abierto mucho los ojos y seguía manteniéndolos redondos, expresando una absoluta perplejidad.

Dentro del armario había aparecido una muñeca de plástico, hinchable, de tamaño normal. Esa muñeca estaba des nuda y las formas espigadas de su cuerpo resultaban perfectas. Era muy hermosa. De largos y sedosos cabellos negros, de maravillosos ojos oscuros...

Reconociendo aquel rostro. Alec murmuró:

—Geraldine.

—¿Qué dices? —le preguntó la muchacha.

—Digo —repuso él—, que buscaba una cosa y me he encontrado con otra. —No necesitó reflexionar mucho para sentenciar—. No cabe duda de que Basil Nolan es un psicópata sexual...

—¿Psicópata sexual? —inquirió ella.

—Neurótico, maniático, enfermo sexual. Sí, es fácil deducirlo así. ¿No lo ves...? —preguntó.

—No veo más que una muñeca de plástico, desnuda —contestó Marianne.

—Es una muñeca —aclaró Alec—, con vagina artificial, vello pubiano y demás, y también, lo aseguraría, con voz. Una voz que, de acuerdo al gusto de su dueño, debe murmurar palabras de amor, o pronunciar obscenidades o gritar de placer. Esta muñeca tiene todas las invenciones modernas que permiten al fetichista llevar una vida conyugal normal con ella...

—¡ Ah! —exclamó la muchacha.

Se oyó la puerta de entrada. Acababa de abrirse y de cerrarse. Basil Nolan estaba allí. Se había olvidado el encendedor y había creído conveniente volver a buscarlo. No le gustaba estar pendiente

de los encendedores de sus amigos.

—¿Qué hace usted en mi casa? —barbotó al encender la luz y sorprender al intruso.

Un intruso que no se había esforzado lo más mínimo en ocultarse. Dado el hallazgo encontrado, y las peculiaridades del mismo, ya no cabía otra alternativa que dialogar.

—Acabo de ver su muñeca —dijo Alec, y cerró la luz del su linterna, ya innecesaria—. No, no era lo que buscaba. Usted es dueño de su vida y yo no soy quien para meterme en ella.

—Lo dice un poco tarde, ¿no cree? —Se había dado cuenta de que Marianne también se hallaba allí—. Esto es un atropello... Está penado el allanamiento de morada y...

—Le ruego que me disculpe.

—Bueno, váyanse... Váyanse ya —Basil Nolan se sentía terriblemente avergonzado. Sin embargo, comprendiendo a qué había ido Alec Cuff a su casa, prefirió aclarar la cuestión—. Ha venido por los guantes de hierro, ¿no es cierto?

—Sí —reconoció Alec.

—Me los robaron... —había de decir Basil Nolan—. No sé quién, esto es lo malo. Sólo puedo decirle que reparé en que ya no estaban en la vitrina del aparador después de haber ofrecido una merienda a mis vecinos.

—¿A qué vecinos?

—A la anciana señora Hilggar y a su señorita de compañía, es decir, a usted, Marianne... —miró a la muchacha—. También vino Susan Dowr y su prometido, el doctor Morley. Y vino asimismo su amigo Raymond Leans... Apenas se despidieron y se fueron, me di cuenta de que los guantes ya no estaban.

—¿Y no pudo quitárselos alguna otra persona?

—La mujer que viene a hacerme las faenas. Se llama Emma. Es la misma asistenta que va a casa de su amigo.

—Ya la conozco.

—En realidad —repuso Basil Nolan—, yo no di excesiva importancia al robo. Pero desde que asesinaron a la hija del sepulturero y después al chico del supermercado... Todos sabemos que la muerte de ambos se produjo por... —se quedó con las palabras angustiosamente clavadas en la garganta.

—Yo haré todo lo posible porque usted no se vea metido en líos —dijo Alec—. No es lícito allanar la morada de nadie y yo lo he hecho. Consciente de mi culpa quiero compensarle de alguna manera. Por lo demás, le he creído. En consecuencia. usted no ha podido usar los guantes de hierro, ha tenido que hacerlo otra persona. La persona que los robó, naturalmente.

—Sí, claro —asintió Basil Nolan.

—Bueno, la verdad es que necesito de usted.

—¿Necesita de mí? —se asombró—. Me extraña que diga eso, sobre todo ahora... Ahora que sabe qué clase de persona soy...

—Estoy buscando a un asesino —puntualizó Alec—. Solamente a un asesino.

—Sí, sí...

—Usted estuvo muy enamorado de una muchacha de Hawstton, eso me han asegurado. Ella se casó con otro.

—Y yo creí volverme loco —dijo Basil Nolan—. Y desde entonces... No, no he podido sacármela de la cabeza, no he podido olvidarla... Ni puedo estar sin sentirla a mi lado... .Así que...

—Dígame cómo se llamaba esa muchacha.

—¿Va a ganar algo sabiendo su nombre?

—Sí —afirmó Alec.

—¿Sí...? —lo ponía en duda. Aun así, se decidió a responder—. Se llamaba Geraldine.

—Me lo veía venir... —murmuró Alec.

—¿Cómo ha dicho?

—No, nada —contestó. Había de inquirir a continuación—: Geraldine, ¿qué más...? ¿Qué apellido?

—Dorton. Era muy hermosa, la muchacha más hermosa que yo había conocido. Pero era ambiciosa, sólo pensaba en tener dinero, en alcanzar una buena posición, y me dejó por un adinerado comerciante. Ahora que ha visto usted la cara de mi muñeca, ya sabe que la muchacha que aparece en el cuadro de su amigo es ella...

—Sí, ya me he dado cuenta —asintió, sin decirle que la tal muchacha había desaparecido del lienzo. Agregó—: ¿Geraldine se quedó a vivir en Hawstton o se fue a otro lugar?

—Se fue de Hawstton. No sé adónde. Por mí podía habérsela tragado la tierra.

—Dice eso, pero aún le ama —repuso Alec—. Dentro de ese armario —indicó el dormitorio—, está la prueba.

—No se fíe mucho de esas pruebas —repuso Basil Nolan, crispando la mandíbula, apretando los puños—. Si. los guantes de hierro siguieran en mi poder y si casualmente me encontrara con Geraldine... ¿Adivina lo que pasaría? —la amenaza se mascaba.

Aun así, Alec Cuff había de responder con absoluta tranquilidad.

—Sí lo adivino. Se acostaría usted con ella.

Basil Nolan dejó de crispar las mandíbulas, aflojó los puños y reconoció:

—Sí, tiene usted razón. En sus brazos lo olvidaría todo.

*

—¿Qué vas a hacer ahora? —le preguntó Marianne al salir de aquella casa—. ¿Tienes ya alguna idea?

—Ahora voy a ir a acostarme. Sin muñeca, en espera de que algún día tú quieras hacerlo conmigo —sonrió Alec.

—Algún día, tú lo has dicho —sonrió a su vez la muchacha—, Cuando esté segura de tus sentimientos.

—Me dedicaré a ti en cuanto pueda, prometido. Pero tendrá que ser más adelante, cuando haya descubierto al asesino. De momento voy a ausentarme…

—¡Oh! —se lamentó la muchacha, pero no quiso pedirle explicaciones.

Posiblemente porque sabía que no iba a dárselas.

—No sé lo que tardaré en volver —repuso Alec—, De todos modos, si tengo suerte, pronto estaré de regreso. Hasta entonces, no me olvides, Marianne.

—No corras peligros, por favor.

—Prometido.

Acompañó a la muchacha hasta la casa de la anciana señora Hilggar, pero a la hora de despedirse no hubo efusiones amorosas de ningún tipo.

De pronto se abrió la puerta. Y la señora Hilggar, severa, intransigente, apareció en el dintel.

—¿Desde cuándo, Marianne, sales por las noches? —Ia amonestó.

—La culpa ha sido mía —aseguró Alec—, Ella no quería, pero yo la he convencido, asegurándole que usted, que es una dama encantadora, no iba a enfadarse por ello.

—¡Pues me conoce usted muy poco —resopló, y lo de dama encantadora no había aplacado sus iras—. Adentro —se dirigió severamente a la muchacha—. Buenas noches, señor Cuff.

—Buenas noches, señora Hilggar.

CAPITULO VIII

Hawstton no era una localidad mucho mayor que Biddington. Incluso se parecían entre sí.

Alec Cuff detuvo su coche ante un snack-bar que le pareció de cierta categoría, apeándose. Ya dentro del local se dirigió a la barra, solicitando una cerveza.

Aún no había acabado de tomársela cuando le preguntó al camarero por Geraldine Dorton. Pero el camarero era nuevo, recién llegado a Hawstton, y le dijo que no sabía por quién preguntaba.

Sin embargo, un sujeto que estaba en la barra junto a Alec, no esperó a más e intervino.

—Vivía en mi misma calle —dijo.

—¿Ah, sí? —se sorprendió gratamente—. ¡Qué afortuna da coincidencia! Sin duda podrá usted informarme.

—De lo que guste —aseguró, como quien está al corriente de todos los pormenores y circunstancias.

—Ahora ya no vive aquí, ¿verdad?

—No —respondió el sujeto—. Se casó con un rico comerciante y se fue a vivir a Londres. De eso hace ya un par de arios.

—Me han elogiado mucho su belleza.

—Es muy hermosa, sí —asintió—. Los hombres siempre han revoloteado alrededor de ella.

—¿Y ella...? —preguntó.

—Supongo que ahora —dijo—, lo mismo que cuando vi vía aquí, no debe tener demasiadas manías.

—Hasta que aparecía el rico comerciante y se casó con él, ¿hubo en su vida alguien, alguien en especial...? —veía al sujeto dispuesto a decir todo lo que sabía.

—Hubo un tal Basil Nolan, vecino de Biddington. Estaba locamente enamorado de ella.

—Y ahora, según usted me ha dicho, Geraldine vive en Londres. ¿Sabe su dirección?

—Sí.

Se la facilitó sin más, y Alec Cuff pensó que el sujetó se había precipitado a hacerlo. Sacó la conclusión de que ese sujeto era uno de los hombres que debían haber revoloteado en torno a la hermosa muchacha. Quizá intentaba de este modo vengarse de ciertos desaires recibidos en su día.

—Le quedo muy agradecido.

—La dirección que le he dado es la de su casa de Londres —añadió—. Pero tienen una finca en la montaña, cerca de... —de nuevo le facilitó la dirección—. Suelen ir por allí cada dos por tres.

—Gracias.

—Bueno, a menudo va ella sola —manifestó el sujeto—. El marido tiene mucho trabajo y no siempre puede acompañarla. Y a ella le encanta aquel lugar, aquella tranquilidad... Al menos es esto lo que ella dice. ¿Quiere saber lo que digo yo?

—Claro que sí —asintió Alec.

—Pues que aquella finca debe ser un buen lugar para dedicarse a sus amantes... Porque debe tenerlos, lo juraría.

Esto fue todo. Para empezar, más que suficiente. Desde luego había empezado con el pie derecho.

Volvió a su coche, y ya acomodado tras el volante encendió un cigarrillo. Luego puso el motor en marcha. Y enfocó la carretera que conectaba con la autopista que le llevaría directamente a Londres.

Ya en Londres se dirigió a la dirección que le había dado aquel sujeto. Y esa dirección resultó ser una casa soberbia, suntuosa, en la zona más elegante de la ciudad.

—La señora no está —había de responderle el sirviente que acudió a su llamada.

—¿Volverá pronto? —quiso saber—. La esperaría...

—Lo lamento, se ha ido a su finca de la montaña. Tendrá que volver otro día.

—Así lo haré.

No se proponía volver, sino ir a verla personalmente, así que Alec Cuff volvió a ponerse al volante de su coche.

En fin, que no tardó en estar en medio de montañas, cerca de una bonita y moderna finca. A cuya puerta llamó con vencido de que iba a abrirle la propia interesada. Si aquella finca era el lugar elegido para llevar a sus amantes, sobraba la servidumbre.

No se equivocó. Apareció Geraldine Dorton ante sus ojos, que parpadearon admirativos, fascinados. Era hermosísima. Desde luego que sí.

—¿Qué desea...? —Ia elevada estatura y la recia complexión del visitante hizo que Geraldine le catalogara bien, de primera. El tono inicial se suavizó-ˆ. No esperaba visitas.

—¿Es usted Geraldine Dorton...? —quiso asegurarse.

—Sí.

—Vengo a hablar con usted.

—¿De qué...?

—Soy detective. Aquí tiene mi documentación... —se la puso por delante—. Bueno, supongo que ahora va a decirme que pase...

—Sí, pase —le ofreció. Y no sin cierta mal contenida in quietud, eso de que fuera detective no le había complacido del todo—. ¿Le ha contratado mi marido?

—No conozco a su marido.

Ya en un salón moderno y confortable, Geraldine, algo envarada y desde luego un poco en guardia, quedó a la espera de lo que pudiera decirle al recién llegado.

—Me iría muy bien que fuera usted sincera conmigo —y Alec añadió—: Conoció usted a Basil Nolan...

—Sí —dijo Geraldine.

Se había limitado a esta respuesta, no diciendo ni añadiendo nada más.

—¿Qué opina usted de ese hombre? —preguntó Alec, mientras se decía que Geraldine, en efecto, tenía una larga y sedosa cabellera negra y unos maravillosos, ojos oscuros.

—Quiso casarse conmigo —repuso ella—. Pero yo me lo pensé y acabé casándome con otro.

—¿Por qué...?

—Porque ese otro era rico —no pudo ser más clara—, Pero no sólo por eso, lo cierto es que...

—¿Qué?

—Basil Nolan no me gustaba nada físicamente. Pequeño, insignificante, calvo, con lentes de gruesos cristales tras los que aparecían unos ojos redondos, grandes, de expresión... Era una expresión que me sobrecogía el ánimo, me asustaba... Por lo demás, me amaba de un modo excesivamente posesivo, demasiado exclusivista. Si miraba a otro hombre —y ella miró a Alec Cuff de arriba abajo, aprobando todo lo que veía—, me armaba una escena de celos. Siempre lo mismo. Con un hombre así yo no hubiera podido vivir. %

—Supongo que con su actual marido todo debe ser diferente...

—Afortunadamente —repuso la hermosa Geraldine—, Mi marido tiene una confianza ilimitada conmigo. Para creer que yo le engañaba tendría que decírselo el mundo entero.

—¿Y le engaña? —se atrevió a preguntarle.

—¿Usted qué cree...? —se atrevió a su vez a inquirir.

—Creo que sí —dijo Alec—. Y creo que debe ser muy afortunado el hombre que ocupe el lugar de su marido.

—¿Se está insinuando...? —soltó una risita.

—Las proposiciones deshonestas requieren su tiempo —repuso Alec—, y yo voy con prisas, lo lamento. Además, que tengo el presentimiento de que está esperando a alguien...

—Si desea quedarse —observó Geraldine y seguía mirando con suma complacencia la atlética anatomía de Alec Cuff—, podría dar contraorden a ese alguien —y parecía muy capaz de hacer lo que acababa de decir.

—Prefiero que me hable de Raymond Leans...

Geraldine perdió un poco el color. De todos modos, forzó una

sonrisa y fue como si no pasara nada.

—No le conozco —respondió.

Alec no estaba dispuesto a pasarle por alto la omisión, o mejor dicho, la mentira, así que manifestó:

—Usted le conoció hará unos seis meses. Es mi amigo y me lo ha dicho...

—Pues sí, le conocí —admitió—. Pero no sé lo que está usted pretendiendo... —de nuevo un poco nerviosa, ya no reparaba en lo que valía, como ejemplar masculino, el hombre que tenía delante.

—¿Qué sucedió exactamente entre mi amigo y usted?

—Si es su amigo, ¿por qué no se lo pregunta a él? Es lo más sencillo.

—Yo considero más sencillo y razonable preguntárselo a usted. A cambio de su información, yo le garantizo que su marido no se enterará de nada.

—¿De qué había de enterarse? —masculló. Pero había de recordar que el joven le había dicho que Raymond Leans era su amigo y consideró mejor negociar—. De acuerdo. ¿Qué quiere saber?

—Lo que sucedió entre mi amigo y usted.

—Si no lo sabe —repuso Geraldine, resistiéndose a hablar—, es que su amigo no se lo ha dicho.

—Mi amigo, cuando volvía a Biddington, sufrió un accidente de coche.

—¿Ah, sí? No lo sabía.

—Su coche se estrelló contra un árbol de la carretera, cerca de Hawstton.

—Yo nací en Hawstton.

—Y de resultas del choque sufrió un fuerte golpe en la cabeza y se quedó padeciendo amnesia. Ahora ya está recuperado, pero... no recuerda esos dos días vividos a su lado, en su compañía.

—Si su amigo no los recuerda, ¿cómo sabe usted que él y yo...? —reflexionó un poco y dijo—. Temo que me haya hecho hablar más de la cuenta.

—No se inquiete, no voy a perjudicarla en ningún sentido. Por lo demás, es preciso que usted lo sepa. En Biddington se han cometido dos crímenes. De lo que usted me diga, depende mucho, tal vez todo.

—No le entiendo...

—Es largo de contar.

—Bueno, usted desea saber lo que pasó entre su amigo y yo, ¿no es eso? Pues bien, sucedió que él se sintió irremisiblemente atraído por mí. En cuanto a mí misma, la verdad es que al verle tan distinto a los hombres a los que tengo por costumbre tratar, al verle tan espontáneo, tan sin doblez y artificio... En fin, que me sedujo la idea de complacerle...

—¿Dónde se conocieron?

—Su amigo cogió esta carretera por otra —dijo Geraldine—, y vino hasta esta casa para preguntar dónde estaba. Se había olvidado del mapa e iba totalmente desorientado.

—¿Estaba usted sola?

—Sí.

—¿Esperaba a alguien?

—A mi marido. Pero mi marido tardaría dos días en llegar, y yo lo sabía.

—Así que, contando con cuarenta y ocho horas de impunidad, decidieron aprovecharlas.

—Sí —dijo Geraldine—. Pero yo le anticipé a su amigo que todo aquello no podía durar... Me contestó que se hacía cargo, pero me aseguró que, como hombre y como pintor, me recordaría siempre...

—Y estuvieron juntos dos días.

—Como es éste un lugar muy apartado, nada impidió que fueran dos días perfectos. Sólo que...

—¿Qué? —preguntó.

—Poco antes de decirnos adiós, mientras nos besábamos por última vez, alguien nos vio... Su amigo corrió entre los árboles para ver quién era, temeroso de que alguien pudiera habernos descubierto, tal vez, incluso, mi propio marido... Pero regresó diciendo que debían haber sido imaginaciones nuestras, que no había nadie... No, yo no me quedé muy convencida...

En realidad, todo estaba dicho y explicado ya. Así que Alec Cuff prefirió dar por concluida la entrevista. ¿A qué seguir allí si era en Biddington donde el asesino estaría pensando, quizá, en cometer un nuevo crimen...?

*

El cajón estaba cerrado con llave.

Fue abierto.

Dentro del cajón aparecieron unos guantes. Unos guantes de hierro.

Las palmas de esos guantes se hallaban cubiertas de púas... Punzantes y puntiagudas. Bastaba echar un vistazo sobre ellas y se adivinaba ya la medida exacta de su misión: ¡MATAR!

Pero en esta ocasión el asesino no cogió los guantes. Se limitó a mirarlos. Su voz había de decir a continuación:

—Ya no voy a necesitar más tu ayuda. Quienes podían delatarme han muerto y el señor Cuff, el detective, ha desistido de su empeño, ya no desea esclarecer el caso. Sin duda es así porque se ha ido. Claro que existe Emma, y ella podría complicarlo todo... No debo olvidarme

de esa mujer. Pero de momento todo va bien… Ahora debo precipitar el desenlace… No será difícil…

Volvió a cerrar el cajón.

CAPITULO IX

Empezaba a declinar el día, y las sombras, la oscuridad, iban ganando terreno. No tardaría en ser de noche.

Raymond Leans había estado mirando más de una docena de veces hacia la carretera, esperando ver el coche de su amigo. Deseaba verle llegar. Se sentía doblemente inquieto y desasosegado desde que Alec se había ido. Era como si algo estuviera a punto de suceder y él, al estar solo, fuera a resultar totalmente vulnerable.

Cogió la botella de brandy y se sirvió una copa. Se dispuso a bebérsela de un solo trago.

No lo hizo. Dio un bote.

Y se quedó con la mirada clavada en el papel que había aparecido ante sus ojos.

El papel, escrito con letra muy irregular, muy desfigurada, decía:

«Estoy arrepentida de haber huido del lienzo. Voy a volver. Espero que me recibas bien.

»Geraldine.»

Se puso a temblar, y a sudar, y a no saber exactamente lo que le pasaba.

—No es posible... —jadeó.

Cerró los ojos y sacudió la cabeza. Tal vez haciéndose la ilusión de que aquel papel era un simple espejismo.

Abrió los ojos. El papel no había desaparecido. Seguía allí. Con las mismas palabras escritas.

Notó que las gotas de sudor resbalaban por sus sienes y sacó el pañuelo para enjugárselas. La mano le temblaba.

Seguidamente pensó, no pudo evitarlo:

—Tal vez esté ya de nuevo en el cuadro, en su sitio. Debo ir a comprobarlo.

Se fue escaleras arriba, hacia la buhardilla, pero sentía sus piernas como si fueran un flan, y le costó llegar.

Ya allí, vio que el cuadro seguía con aquel vacío... Nada aparentemente había cambiado. ¡Pero allí había un nuevo papel, una nueva misiva!

Dio otro bote. Este aún mayor que el precedente.

Había de leer:

«No debo inspirarte miedo. No tengo más vida que la que tú me diste. Debo vivir, pues, para ser tu dulce y amorosa esclava.

»Geraldine.»

Asustado, Raymond Leans fue retrocediendo hacia la puerta de salida, mientras la mirada se le iba hacia el lienzo donde había empezado a plasmar de nuevo el rostro de Geraldine. Un rostro que, en realidad, ya no recordaba bien. De ello que la pintura hubiera quedado interrumpida. Posiblemente no la concluiría. Aquellos rasgos se le perdían, se le escapaban. Mejor así. Mucho mejor. ¡Quería olvidarse de que había pintado aquel maldito cuadro!

¿Pero cómo iba a olvidarlo si ahora encontraba esas misivas...?

Temblaba cada vez más, y sudaba tanto que ya ni siquiera se molestaba en sacar el pañuelo.

Siguió retrocediendo y alcanzó la puerta. De pronto se encontró corriendo escaleras abajo. Como si una maldición le acosara y no quisiera que le diera alcance.

Si Alec hubiera estado allí todo hubiera resultado muy distinto. Le habría bastado con recurrir a él.

Pero su amigo no había regresado aún y él no se veía capaz de soportar solo, sin ayudas, aquel trance incomprensible... Volvía a sentirse como al principio, como cuando le escribió a Alec. Preso de pánico, de horror, con los nervios rotos, todo él se estaba desquiciando.

Lo decidió. Iría a buscar la compañía de uno de sus vecinos. Cualquiera serviría para que su angustia no resultara tan insoportable. Todos eran buenas personas. Le tenderían una mano.

Alec le había aconsejado que no dijera a ninguno de ellos lo del cuadro. Debería hacerle caso. Pero no, no podía seguir solo y silencioso después de haber leído aquellas misivas. ¡Unas misivas escritas por alguien inexistente, porque Geraldine no era más que una pintura!

¿Acaso no tenía motivos para trastornarse, para perturbarse? Claro que sí. A cualquiera le hubiera pasado lo mismo.

Habiendo salido ya de la casa, Raymond Leans vaciló unos instantes. ¿A qué vecino podía pedir la ayuda que tan desesperadamente estaba necesitando...?

En realidad, bien mirado, sólo podía ir a una casa, a la de la señora Hilggar. Hacía años que, a pesar de su carácter, la anciana señora le demostraba su aprecio.

Poco después, Raymond Leans, ya en presencia de dicha señora y en presencia también de Marianne, decía.

—Es como una pesadilla...

Y había de referir a continuación todo lo sucedido. Desde antes de que escribiera a su amigo el detective hasta el momento presente.

—¿Se da cuenta de lo que ha dicho, de qué forma se ha expresado...? —le increpó la señora Hilggar cuando él dio por

finalizada la explicación—. ¿No comprende que, oyéndole, se saca la conclusión de que está usted mal de la cabeza…?

—Me he limitado a contar la verdad, se lo aseguro —y Raymond Leans seguía temblando y sudando, y ambas circunstancias contribuían a darle un aspecto tan lamentable, tan deplorable que, ciertamente, inspiraba compasión.

No así a la señora Hilggar, que nunca en su vida había sentido la menor simpatía por las personas asustadizas, pusilánimes.

—Tenía un concepto muy distinto de usted… —dijo, reprochándole, evidentemente, la falta de entereza y de valor que demostraba.

—De todos modos —intercaló Marianne compadecida de la angustia de Raymond Leans—, si ha sucedido eso, si la figura del cuadro ha desaparecido y si, por añadidura, esas misivas…

—Es su reacción lo que no me gusta —sentenció la señora Hilggar con una gran dureza en el tono—. No niego que los hechos se hayan producido tal y como ha indicado, pero encuentro inadmisible que dé como lógica la idea de que una simple pintura haya podido escapar… ¡Por todos los Cielos, qué disparate he escuchado!

—Le ruego, señora Hilggar…! —empezó a decir Raymond Leans.

No prosiguió. Alguien estaba llamando a la casa.

Resultó ser Susan Dowr, que había visto entrar a Raymond Leans con un aspecto muy poco satisfactorio e iba a preguntar si es que le pasaba algo.

Instantes después, por lo demás, el timbre volvió a sonar.

En esta ocasión fue Basil Nolan quien apareció en el dintel de la puerta. Le había llevado hasta allí el mismo motivo. Había visto a Raymond Leans y le había preocupado seriamente el aspecto que ofrecía.

Era el momento de explicarles a todos lo sucedido. Raymond Leans, nervioso, excitado, lo consideró así al margen de cualquier otra circunstancia.

Sin embargo, no habló, no dijo nada. Por tercera vez sonó el timbre de la puerta de entrada.

Se presentó el doctor Morley. Iba a visitar a la señora Hilggar. No había podido ir antes, lo lamentaba.

—Oiga a nuestro amigo… —repuso entonces la señora Hilggar, y la dureza de su tono no había decrecido—. Si no se ha vuelto loco poco le falta…

El doctor Morley había de escuchar el relato de los hechos, y había de hacerlo con calma, sin querer aventurar juicios. Eso de precipitarse, según decía, nunca puede ser una buena cosa.

—Supongo que sigue con los sedantes que le receté… —dijo finalmente, dirigiéndose a Raymond Leans.

—Sí —asintió éste.

—Bueno vaya mañana sin falta a mi consultorio —le trataba como a un enfermo, quizá por considerar que ya no era válido hacerlo de otra manera.

Raymond Leans fue a protestar. Reconocía que tenía los nervios hechos un manojo desatado, y que su desequilibrio emocional era evidente, y que su inestabilidad psíquica se hacía patente, pero de eso a pensar que pudiera estar loco, había un abismo, un verdadero abismo.

Raymond Leans no protestó. Basil Nolan había oído el motor de un coche, acercándose a la ventana para saber quién era.

Habían quedado pendientes de él. -

No tardó en decir que era Alec Cuff el que acababa de llegar.

—Creía que no iba a volver —comentó.

*

Viendo que en la casa no estaba su amigo, a Alec se le ocurrió pensar que, quizá, estaría en la de la señora Hilggar. Así que se había decidido a ir hacia allí, en el coche, por si se daba el caso que no le encontraba donde creía y se trataba de buscarle en otra parte.

Al verle en el salón, entre unos y otros, sudoroso, temblando, comprendió que le estaba haciendo falta recibir ayuda. Una ayuda que, por lo visto, nadie le estaba ofreciendo en la medida precisa.

—¿Acaso ha sucedido algo de nuevo en mi ausencia...? —quiso saber.

Y Raymond Leans se lo dijo. Se había encontrado dos misivas, escritas y firmadas por Geraldine. En esas líneas le decía que iba a volver al lienzo.

—Hágase cargo —repuso la señora Hilggar, tajante, categórica—. La salud mental de su amigo deja mucho que desear...

—Puedo enseñarle esas misivas —dijo Raymond Leans, mirando a la anciana y también a los demás—. No, no me he inventado nada... —comprendía que era eso, precisamente eso, lo que la anciana y los demás estaban imaginando.

—Anda, vámonos —le dijo Alec.

Cuando consiguió sacarle de allí, lo que significó disuadir le dé su empeño de convencer a todos, Alec había de decirle:

—Has hecho mal en sincerarte con ellos. Te dije que no lo hicieras.

*

Emma, la mujer que trabajaba un par de horas al día en la casa de

Raymond Leans y luego se iba a la casa de Basil Nolan, no se había acostado aquella noche. Había decidido ir a hablar con la persona que le había dicho:

—Usted sabe algo, ¿no es cierto? Bueno, si no lo sabe lo sospecha. Así que, lo mejor es que nos pongamos de acuerdo, ¿no le parece? Delo por hecho, recibirá mucho dinero.

Emma no sabía nada, no sospechaba nada. ¿Qué tenía que saber…? ¿De qué tenía que sospechar…? Pero le habían ofrecido mucho dinero y la idea no pudo menos de encandilarla. Y se dijo a sí misma que haciendo el ver que sabía de qué iba la cosa…

Había recorrido la carretera hasta aquellas cuatro casas. Un recorrido que, desde luego, se sabía de memoria. No en vano lo hacía todos los días.

Iba preguntándose cuánto sería ese mucho dinero que le había ofrecido. Y no, no pensaba en nada más. Era una mujer de pocos alcances, a quien, en su cortedad, no se le ocurría relacionar las muertes acaecidas con ese dinero que insólitamente alguien estaba dispuesto a darle.

De pronto notó una furiosa y exasperada presión en su cuello. Algo así a dos manos frías, terriblemente hirientes, se le habían clavado allí. Habían llegado por atrás, cayendo desprevenidamente sobre ella.

No terminó de darse cuenta de lo que sucedía.

Le faltó tiempo.

CAPITULO X

Alec Cuff vio cómo su amigo intentaba encender un cigarrillo. pero su amigo estaba tan agitado que no conseguía centrar la llama del encendedor.

—Tom —le dijo, y fue su propio encendedor el que solucionó el problema.

Sin decirle nada, le dejó que fumara un rato. Esperaba que se tranquilizara, que se serenara algo.

Cuando lo consideró oportuno, le pidió que se sentara. Hasta entonces le había visto ir de aquí para allá con el cigarrillo entre los dedos.

—Estamos ya al final del callejón —le comunicó—. Es sólo una expresión, claro. Y ahora vas a prestarme atención, ¿de acuerdo?, y vas a hacerlo sin dejarte llevar por ideas raras, absurdas... Esas ideas has de dejarlas a un lado, postergarlas, como inservibles. Porque, compréndelo, no puede servir para nada efectivo dar como buenos ciertos disparates.

—Pero esas misivas... —se atrevió a decir Raymond Leans—, Firmadas por Geraldine... Y sólo ella misma sabía que yo la llamaba así...

—Esas misivas son tan dignas de ser tomadas en consideración, desde el punto de vista que tú lo haces, como esa figura del cuadro recortada con unas buenas tijeras...

—¿Tú crees? —inquirió.

—Siéntate y escúchame.

Se sentó, como un niño obediente, y quedó pendiente de las palabras, de los razonamientos de su amigo. Un amigo que le merecía una confianza total y absoluta, afortunadamente. De lo contrario se hubiera sentido irremisiblemente perdido.

—Padeciste amnesia... —empezó a decir Alec.

—Sí, pero no tardé en recuperarme.

—No te recuperaste del todo —le informó—. En tu mente quedaron dos días en blanco. Así me lo ha ratificado el pro pió doctor Morley.

—¿Cómo...? —se asombró—. Yo creía que...

—Creías una cosa, pero es como yo acabo de decirte. En consecuencia, desconoces lo que hiciste y con quien estuviste durante esos dos días. Pues bien, yo me he encargado de averiguar qué fue de ti en esas cuarenta y ocho horas. Era preciso. Había que empezar por eso.

—Habla, te lo ruego... —y aplastó el resto del cigarrillo en el cenicero, se estaba quemando los dedos.

—¿Quieres otro cigarrillo? —le ofreció Alec.
—No, no —denegó.
—Lo pasaste con una hermosa mujer.
—¿Qué...? —y su perplejidad fue mucha.
—Una mujer cuyo nombre era Geraldine.
—¿Qué...? —y su perplejidad aumentaba. Y luego, tras sacudir la cabeza—: ¿Y a ti cómo se te ocurrió ir a ver a esa tal Geraldine? ¿Cómo supiste que era ella precisamente quien...?
No quiso hablar de Basil Nolan ni de su muñeca de plástico. Prefirió ser discreto y no hacer alusiones a sus manías sexuales. Se limitó a decir:
—Eso es lo de menos. Lo que cuenta es que fui en busca de esa mujer, consiguiendo que se sincerara...
—¿Qué te ha dicho?
—Es casada, y lo vuestro fue, de común acuerdo, algo que sólo iba a durar ese par de días. Pero por lo visto a ti te cogió fuerte, lo cual no me extraña nada dada la extraordinaria belleza de esa joven. Y está muy claro —analizó—, al sufrir la amnesia y quedar bloqueados los hechos acaecidos, éstos, rebelándose, cobraron vida dentro de ti, como artista y...
—Y la pinté —concluyó.
—Y le pusiste el nombre de Geraldine, sin saber por qué, creyendo que porque sí. Claro, tu subconsciente te dijo que tenía que llamarse así, que no podía llamarse de otra manera.
—Sí, sí... —asintió—. Pero el vacío del cuadro, las misivas, la propia firma... —había de añadir, diciéndose que aún quedaba muchas respuestas en el aire.
—Hay algo más. Una persona os vio juntos... A Geraldine y a ti. Y como es lógico y natural, pues vio cómo os besabais, debió sacar sus conclusiones.
—¿Quién fue esa persona?
—No lo sé. Pero es aquí donde empieza la segunda parte.
—¿Qué segunda parte? —inquirió Raymond Leans.
—Esa en la que tú te conviertes en víctima propiciatoria... Por cierto, ¿te has detenido a pensar que, cuando hay crímenes, cuando se cometen asesinatos, el móvil casi siempre es el mismo, dinero...?
—Te estás refiriendo a la hija del sepulturero y al chico del supermercado, y a Emma, ¿no es eso?
—Sí.
—Pues ellos no tenían dinero. Y yo tampoco lo tengo —le recordó Raymond Leans.
—Ya lo sé —dijo Alec—. Ni ellos ni tú. Así que se me ocurre pensar que, la única que lo tiene, es la señora Hilggar.
—No acierto a imaginar por dónde vas.

—No voy muy lejos —aclaró—. Me quedo por aquí cerca. Para mí, que el asesino vive en una de estas cuatro casas. ¿Por qué lo creo? Tal vez porque Will, el sepulturero, se puso a gritar mirando hacia los ocupantes de estas casas, clamando venganza, ¿no? Parecía dar por descontado que el asesino de su hija estaría oyéndole...

—Pudo engañarse —dijo Raymond Leans.

—No me parece muy probable. Por lo que vuelvo a lo de antes, insisto en lo mismo. La única que tiene dinero es la señora Hilggar.

—¿Y bien...?

—Es ya muy anciana —manifestó Alec—, y por lo demás nadie en este mundo es eterno. · En consecuencia, si no ha hecho testamento no tardará en hacerlo. Y no, no dejará su dinero a los pobres. Tengo mis razones para suponerlo así.

—¿Y bien...? —volvió a preguntar Raymond Leans.

—Sin duda dejará su dinero a la persona que le resulte más simpática. Aunque no creo que dicha señora, en honor a la verdad, sienta por nadie excesivas simpatías... Pero, bueno, ¿quién crees tú que pueda ser esa persona? —preguntó Alec seguidamente.

—No lo sé —contestó Raymond Leans—, Tal vez el doctor Morley.

—O tal vez —aventuró Alec—, tú mismo...

—¿Yo? —se sorprendió. Sin embargo, había de admitir—: Sí, es posible. ¿Pero qué quieres decirme en definitiva con todo esto...? Te aseguro que no termino de hilvanar...

—Alguien teme eso, precisamente eso, que la señora Hilggar haga testamento a tu favor, aunque sólo sea, como acabo de decir, porque no tenga a nadie mejor a quien dejar su dinero.

—Sigo sin hilvanar...

—Y como teme eso, se le ha ocurrido desacreditarte ante los ojos de la anciana... ¿Y qué mejor manera de hacerlo que conseguir que tú mismo te desacredites...? Porque esto es lo que acabas de hacer, no sé si te has dado cuenta, al hablar del lienzo, y de Geraldine, y de esas misivas...

—¿Quieres decir —preguntó Raymond Leans—, que una persona, premeditadamente, se ha encargado de hacerme creer...?

—Esa persona —dijo Alec—, fue la misma que te vio en compañía de la auténtica Geraldine. Luego, cuando tú debiste enseñarle el lienzo diciéndole que habías pintado sin modelo... Esa persona debió comprender, pues, que no habías recobrado por completo la memoria, si es que esto no lo sabía ya... Como sea —agregó Alec—, debió verte nervioso y excitado, con una gran inestabilidad psíquica y emocional, y sin duda se le ocurrió forzar el asunto...

Se detuvo, sin que Raymond Leans dijera nada. Había de proseguir, sin apenas hacerse esperar.

—Cogió unas tijeras y recortó la figura... Y si oíste sus pasos por la

casa, posiblemente era esa misma persona quien actuaba para que la aparente huida de Geraldine te surtiera más efecto...

—A mí me parecía que Geraldine, desde el lienzo, me miraba como ofreciéndoseme... Es lo primero que me impresionó, y me impresionó tanto...

—Tú debiste pintarla con esa misma expresión a la que te refieres, lo aseguraría. Recordando inconscientemente los ojos de la auténtica Geraldine no me extraña que lo hicieras.

—Sí, claro —admitió—. Pero luego vi odio en sus ojos...

—Te pareció verlo. Estabas ya tan nervioso, tan excitado...

—Sí, claro —volvió a admitir.

—Pronto hubieras dicho a todos tus vecinos lo que te sucedía, pero se te ocurrió escribirme y yo llegué y te dije que silenciaras los hechos.

—Pero hoy, al verme ante esas misivas —se disculpó—, no he podido contenerme...

—No te preocupes, en realidad ya tengo hecho un plan. Mucho me tendría que equivocar para que no me saliera redondo. De todos modos, hay que actuar sin precipitaciones, sabiendo lo que se hace. No debemos olvidar que la persona que busca ese dinero ha cometido ya tres crímenes.

—Si esa persona quiere para sí el dinero que teme que vaya a parar a mis manos —reflexionó Raymond Leans—, tiene que tratarse forzosamente de alguien que, a su vez, resulte agradable a la señora Hilggar. Y a mí, en tal sentido, sólo se me ocurre pensar en el doctor Morley.

*

—Bueno, Raymond, espero que me hayas entendido bien.

Acababa de explicar a su amigo con toda clase de detalles lo que tendría que hacer, al día siguiente, cuando fueran a cenar a la casa de la señora Hilggar.

Dicha señora les había invitado. Era su cumpleaños. Cumplía setenta y nueve años. Y estarían presentes, Susan Dowr, y el doctor Morley y también Basil Nolan.

—Sí, te he entendido bien —le contestó.

—Para que actúes sabiendo exactamente lo que yo pretendo, te he dicho ya de quien desconfío... Te he dicho ya —repitió—, quién es la persona que a mi juicio tendrá que responder ante la justicia de los crímenes cometidos. Pero olvídate de eso y actúa con naturalidad. Cuando mayor sea tu naturalidad, más colaborará el desconcierto y lo imprevisto a nuestro favor.

—De acuerdo, Alec.

—Espero que sepas hacerlo. Imagínate que estás haciendo cine, una película, y que quieres conseguir el Oscar a la mejor interpretación de este año, ¿de acuerdo? —Terminó diciendo—: Yo me encargaré de que las luces se apaguen en el momento oportuno.

CAPITULO XI

Estaban todos ellos reunidos en el comedor, alrededor de la larga mesa.

No faltaba nadie. Sólo, según como se mirara, Marianne.

La muchacha había empezado a hacer las maletas. Había sido despedida por salir de la casa, de noche, sin haber pedido el debido permiso. Estaba claro que la indulgencia no era el fuerte de la señora Hilggar. Seguía siendo tan intransigente y dura como siempre.

Alec se había enterado de que la muchacha, al día siguiente, abandonaría la casa, y pudo hablar a la anciana e interceder por Marianne, pero pensó que no valía la pena hacerlo.

De un momento a otro actuaría su amigo, interpretaría su papel, y la persona culpable se delataría. Tenía que ser así. Estaba convencido de ello.

Pues si el final del caso estaba ya tan cercano, ¿a qué preocuparse porque Marianne estuviera haciendo las maletas? Esto resultaba ya secundario.

Ya en los postres, el doctor Morley se mostró de buen humor, muy sonriente, lo que no le impidió decir a la señora Hilggar que sólo tenía permiso para beber una copa de champán. Como doctor no le daba autorización para una segunda.

—No tengo por costumbre obedecer a nadie —contestó la anciana, con ese tono autoritario. y duro que era proverbial en ella.

—Un día es un día —intercaló Basil Nolan.

—Eres muy severo, querido —dijo Susan Dowr.

—Bueno, media copa más. Es todo lo que puedo transigir —dijo finalmente el doctor Morley.

Alec Cuff miró a su amigo, situado al otro extremo de la mesa. Acababa de darle la orden de actuar. Había llegado el momento.

Raymond Leans no vaciló, había estudiado la escena una docena de veces y estaba dispuesto a llevar a cabo su interpretación, si no como para ganarse el Oscar, sí al menos para conseguir el propósito deseado.

De pronto, pues, cerró los ojos, se llevó las manos a las sienes y empezó a gemir con inusitada angustia. Más que como si le doliera la cabeza, como si dentro de su cerebro algo se estuviera agitando, alborotando, produciéndole un desconcierto inusitado.

—¿Qué le sucede? —y el doctor Morley se levantó de su silla y se le acercó, solícito.

—¿Qué te pasa...? —Alec se lo preguntó a su vez para estar a la altura de las circunstancias.

Raymond Leans abrió los ojos, pero no miró a ninguno de los dos.

Su expresión se volvió hacia Susan Dowr, hacia la robusta y saludable prometida del doctor Morley.

—Creía que lo había recordado ya todo… —dijo, mientras retiraba su asiento y se levantaba—. No, no, por lo visto aún quedaba en mí algo de amnesia… Ahora sí, ahora sí lo tengo todo presente… Y fue usted, Susan —sentenció—, quien me vio con aquella mujer… Quien vio cómo nos besábamos… Luego apretó a correr y huyó de allí… Pero yo la reconocí perfectamente…

Susan Dowr se había puesto blanca como una hoja de papel.

—No comprendo —repuso Raymond Leans—, Si me vio, si sabía que yo había estado allí, en aquel lugar, con aquella mujer, ¿por qué ha callado, por qué ha querido que yo creyera que mi pintura, mi cuadro, era algo desconcertante, insólito y preocupante…?

—¿Cómo? —inquirió asombrado el doctor Morley—. ¿Tú sabías, Susan, dónde estuvo el señor Leans durante esos dos días…? Te hablé de su estado y te expuse mi preocupación por esa laguna que había en su mente. Tú callaste…

—Sí, usted me vio, Susan —insistió Raymond Leans—, y no, no comprendo por qué no me sacó de esa terrible excitación, de esa horrible alteración en la que me he visto sumido… No comprendo… O quizá sí comprendo… ¿Ha querido acaso, que pareciera que me trastornaba…?

Susan Dowr seguía blanca como una hoja de papel.

Todos la miraban. Esperaban que dijera algo, que se defendiera. ; Pero el ataque había sido tan repentino, tan inopinado, que su capacidad de reacción se vio mermada hasta límites ciertamente alarmantes!

Ella había creído firmemente que Raymond Leans no la vio, que no pudo reconocerla. De ello que. hubiera optado por proceder como lo había hecho. Aunque Raymond Leans recuperara por entero la memoria, nunca sabría…

Pero se había equivocado, Raymond Leans la vio. Y ella, ahora, había de dirigir su mirada, en medio de su incontrolado desconcierto, hacia Alec Cuff. Se estaba preguntando si el hecho de que Raymond Leans acabara de recordar que le vio con Geraldine, con la muchacha del cuadro, podía significar, ya sin necesidad de más, que el detective desconfiara abiertamente de ella.

No vio al detective. Debía haberse levantado e ido. ¿Dónde podía estar? Hacía unos segundos se hallaba aquí.

En aquel momento se apagaron las luces. Debía tratarse de un fusible fundido. Algo sin duda momentáneo.

Y Susan Dowr, aprovechando aquella oscuridad, optó por escapar. Hacerlo así, no sólo no había de llevarle a ninguna parte sino que había de terminar delatándola. Sin embargo, ella no pudo resistir la

tentación de huir. Fue una reacción instintiva. Su sentido de la autodefensa actuó de forma totalmente irreflexiva y mecánica.

Y abandonó el salón, y llegó a la puerta de la casa, y huyó a la máxima velocidad posible.

Entre tanto, Alec había hecho que las luces volvieran a encenderse. Sólo había pretendido facilitar una huida. Una huida que, en realidad, iba a ser toda una confesión. Una torpe confesión.

Ya en el salón, Alec se dio cuenta de que Susan Dowr había desaparecido de allí. Exactamente lo que había deducido que haría.

—Aseguraría —dijo entonces—, que en su casa estarán . los guantes de hierro...

Los allí reunidos no manifestaron ni opusieron nada. Habían ya comprendido la verdad, aunque sin adivinar exactamente los motivos que habían podido inducir a la muchacha a cometer tres crímenes. Se sentían sobrecogidos.

Alec dirigió sus zancadas hacia la puerta de salida. Tenía que dar alcance a Susan Dowr.

Antes de salir, oyó la voz de Marianne. La muchacha estaba a media escalera.

—¿Qué es lo que pasa...?

—Luego te lo diré —le contestó, no queriendo detenerse.

Pero así que Alec salió fuera, una barra de hierro se alzó en el aire y le dio contundentemente en medio de la cabeza. Sintió que todo le daba vueltas y que perdía el conocimiento.

*

Susan Dowr era ambiciosa, siempre lo había sido. Cuando conoció al doctor Morley y éste le pidió en matrimonio, pensó que había tenido suerte, pero luego se dijo que su prometido era un hombre excesivamente entregado a su profesión, demasiado honesto, y que con él nunca llegaría a ser lo rica que deseaba.

De todos modos, no podía pedir más y terminó llegando a la conclusión de que no le quedaba otro remedio que resignarse.

Sin embargo, un día cualquiera, estuvo hablando con su vecina la señora Hilggar, quien, más comunicativa que de ordinario, le dijo que haría testamento y legaría su fortuna a... No dijo a quién. Pero por poco que se conociera a la anciana una sabía de sobras que sólo dos personas merecían, en cierta medida, su afecto. Y esas dos personas eran Raymond Leans, el pintor, y el doctor Morley, su prometido.

Susan se propuso hacer que la señora Hilggar postergara a uno de ellos. A Raymond Leans, por descontado. Pero, ¿cómo conseguirlo?

Fue aproximadamente por aquellas fechas, cuando, yendo a visitar a una amiga que convalecía en un chalet en medio de montañas,

descubrió cómo su vecino, Raymond Leans, estaba en relaciones íntimas con una hermosa y joven mujer. Luego había de informarse. Aquella mujer se llamaba Geraldine Dorton.

Cuando ya se hallaba aparentemente restablecido de su amnesia y Raymond Leans les enseñó el cuadro que había pintado, ella se quedó sin saber qué decir. Sobre todo, claro, porque el artista había dicho que había pintado aquello sin modelo. Resultaba evidente que el propio Raymond Leans no recordaba a la muchacha. Lo que tampoco le sorprendió demasiado. Su prometido le había dicho ya que en la mente de su paciente seguía habiendo ciertas lagunas.

Todo podía resultar muy sencillo. Emma, la mujer de hacer faenas, llevaba en su bolso una llave de la casa de Raymond Leans. Este se la había entregado para que, si algún día él no estaba cuando ella llegaba, pudiera entrar en la casa sin tener necesidad de esperarle.

Susan Dowr invitó a Emma a su casa, a tomar el té. Y aprovechó la ocasión para apoderarse de la llave y para cogerle el molde. Y ya el molde hecho y con la nueva llave en su poder, pudiendo ya entrar en la casa de Raymond Leans, a sus anchas; aprovechó la primera oportunidad para llegar a la buhardilla y recortar la figura de Geraldine. Estaba segura, segurísima, de que Raymond Leans se tomaría aquello a la tremenda. Todo en su estado emocional lo hacía presumir así.

Por lo demás, añadiría ciertos pormenores el asunto. Raymond Leans no tardaría en perder por completo su equilibrio psíquico.

Para eso preparó una cinta magnetofónica, en la que una voz decía ser la muchacha del lienzo... Decía que había hui do... Decía, incluso, que estaba dispuesta a matar...

Una noche anduvo por la casa, para que sus pasos despertaran y agitaran el ánimo de Raymond Leans. Volvería a hacerlo, lo tenía decidido... En esta segunda ocasión, haría que Raymond Leans saliera de la casa y le siguiera... Le haría llegar hasta el mismo cementerio, hasta el lugar donde se hallaban instalados unos nuevos nichos. Entonces iría la voz que salía del cassette automático. Un truco muy Vulgar, pero serviría.

Entonces, Raymond Leans perdería los estribos. Y ya no podría contenerse más, y gritaría, y acabaría en la casa de la señora Hilggar contando lo que le sucedía.

En cuando la señora Hilggar le oyera, ella, Susan Dowr, habría conseguido su propósito. La señora Hilggar haría testamento a favor del doctor Morley, lo que significaría dejárselo todo a ella.

Bueno, esto era lo que Susan Dowr pretendía, sin más complicaciones. Pero cuando ensayaba el funcionamiento del cassette, alguien apareció por allí. Era el sepulturero, que oyó lo que decía la voz en la cinta. De todos modos, ella consiguió esconderse y el

sepulturero terminó retirándose sin haberla visto.

Pero no tuvo suerte, y otro día, mientras terminaba de ponerlo todo en orden, alguien le descubrió. Se giró, sobre saltada, y vio que estaba allí la hija del sepulturero.

Pudo pensárselo mejor y desistir de su plan. Pero no quiso hacerlo, quería ser rica, y le dijo a la jovencita que silenciara lo que había visto y oído y que a cambio le daría mucho dinero. Quedaron en eso.

Sin embargo, ¿qué dinero iba a darle si ella era pobre? Decidió matarla. No, no lo tendría difícil si conseguía esos guantes de hierro que había visto en la casa de Basil Nolan.

Consiguió apoderarse de ellos. Había ido a su casa, en compañía de su prometido. También había ido la señora Hilggar y su señorita de compañía, Marianne. Allí estaban también Raymond Leans.

Sí, logró cogerlos aprovechando un momento en que se quedó sola junto a la vitrina del aparador. Llevaba un amplio bolso. Los metió dentro.

Y ya con los guantes en su poder, acabó con la vida de la hija del sepulturero. Pero no, no todo finalizó con esa muerte porque estaba de por medio el chico del supermercado. Un chico muy espabilado, muy agradable, pero demasiado curioso. Un día que le llevó un pedido, cometió la indiscreción de querer saber qué había en un cajón. En un cajón, que ella, aquel día, se había olvidado de cerrar…

Vio lo que contenía, los guantes de hierro, y le dijo que o le daba una buena cantidad de dinero, o la delataría. Susan Dowr le prometió el dinero, pero en lugar de dárselo acabó con su joven existencia.

Hubo otra muerte. A su juicio, tuvo que haberla. Emma debía sospechar que le quitó la llave de la casa de Raymond Leans para hacer una copia y así poder entrar y salir a su comodidad.

En fin, que al irse el detective de Biddington, ella supuso que todo el peligro había ya pasado. Se dispuso, pues, a ■ terminar con aquel asunto.

Escribió aquellas misivas… Sería la gota que haría que se desbordar el vaso.

Pero Alec Cuff había regresado.

CAPITULO XII

Al recobrar el conocimiento, Alec Cuff vio que el inspector de policía estaba allí. Se llevó la mano a la coronilla mientras parecía preguntarse quién le había dado de aquel modo.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Marianne, hasta ese momento bastante preocupada.

—Estoy bien, no te inquietes.

—Susan Dowr sabe pegar fuerte, ¿eh? —era la voz del inspector de policía.

—No ha sido ella.

—¿No? —se asombró la señora Hilggar.

—¿Quién entonces? —preguntó Basil Nolan.

—Diga a quién ha visto —pidió el doctor Morley.

—No he visto a nadie —reconoció Alec—, pero deduzco que no ha sido Susan...

—Debe estar en su casa —repuso el inspector de policía acto seguido—. Voy a detenerla.

En su casa no estaba. Allí sólo fueron encontrados los guantes de hierro.

—No conseguirá escapar —aseguró el inspector.

Alec murmuró:

—Mucho me estoy temiendo que no pueda conseguirlo.

—¿Cómo ha dicho? —inquirió el inspector.

—Si averiguo dónde está, se lo diré, inspector —contestó Alec—. De todos modos, creo que puedo decírselo ya... Está en el cementerio.

—¿Dónde?

—Lo malo es que no sabemos en qué lugar exacto... ¡Y hay tantos nichos, tantas tumbas en un cementerio por pequeño que éste sea!

—¿Está bromeando...?

—No creo que Will, el sepulturero, tenga ganas de bromear.

Seguidamente, Alec Cuff le puso al corriente al inspector de sus temores. Resultaban demasiado macabros y espeluznantes como para dejar de exponérselos con toda claridad.

—¡Qué imaginación tiene usted! —el inspector había tomado a chacota aquellas palabras—. Aunque Susan Dowr matara a la hija de Will, no por eso el sepulturero va a actuar de un modo tan diabólico...

Pronto se convenció de que el inspector de policía no iba a tomar en consideración lo que le había dicho, así que Alec Cuff decidió actuar por cuenta propia. Aunque de poco iba a servir, mucho se lo estaba temiendo.

Poco rato después se hallaba ante la tapia del cementerio, que no se vio obligado a saltar porque encontró la puerta entreabierta.

Pasó dentro. La luna despuntaba en el cielo, y aunque lo hacía tímidamente, su claridad bastaba para poder orientarse.

Fue, pues, hacia el pequeño pabellón, hacia Ia vivienda del sepulturero. También aquella puerta estaba entreabierta.

Entró. No había nadie. Sólo había una luz encendida.

Esperó unos minutos. Seis o siete minutos, tal vez más. O quizá menos. No era fácil precisarlo.

Oyó unas pisadas y comprendió que era Will.

En efecto, apareció Will. Un brillo jubiloso asomaba a sus ojos. Una sonrisa de triunfo distendía sus labios.

—¿Dónde está Susan Dowr? —le preguntó Alec.

—No sé —contestó Will—. ¿Qué tengo que saber yo? Pobre e infeliz de mí...

—Se lo voy a preguntar de otra manera. ¿Dónde ha metido a Susan Dowr?

—Le aseguro que no sé de qué me habla.

—¡Lo sabe perfectamente! —exclamó Alec—. Ha sido usted quien me ha dado con una barra de hierro en la cabeza.

—¡Qué dice usted! ¿Yo hacer eso a usted? ¡Oh, no!

—Y me ha hecho perder el conocimiento para poder llevarse a Susan Dowr, a quien ha debido dar otro golpe, como a mí...

—No sé a qué se está refiriendo.

—Ha debido traerla hasta aquí, cargada como un saco sobre sus hombros. Y juraría que la tiene ya junto a su hija...

—¿Traer yo a Susan Dowr hasta aquí, cargada como un saco? ¿A ella, una chica tan robusta...? Yo estoy mal de la espalda desde niño. Tuve una lesión en la columna vertebral.

—¡Dígame inmediatamente dónde está enterrada su hija! —quiso exigírselo.

Pero bien sabía Alec Cuff que no cabían exigencias de ninguna clase. Desgraciadamente, Will seguiría callando a me nos que le remordiera la conciencia.

—Puse a mi hija en el nuevo ataúd —repuso Will—, pero no recuerdo en qué nicho la metí... Las ideas se me van... Me estoy haciendo viejo...

—¡No quiera que me trague esa respuesta! ¡Sé que me está mintiendo!

—Y ni siquiera mañana, a plena luz del día —dijo Will—, podrá usted, ni nadie, averiguar dónde enterré a mi hija... Últimamente he renovado el cemento de muchos nichos, de muchas tumbas... Así que en cualquiera de esos lugares puede o no puede estar... Ese trabajo requeriría muchos días Para entonces, ya sería tarde... —se detuvo, no diciendo para qué sería tarde.

Ni hacía falta decirlo.

Pero Alec Cuff comprendió que aquello no podía acabar así. Tenía que convencer al sepulturero de que la justicia ya castigaría a Susan Dowr y de que, en consecuencia, no tenía por qué hacerlo él.

Sin embargo, no pudo hacer nada por salvar a la muchacha de una muerte ciertamente enloquecedora. En aquel preciso instante, Will hizo un gesto de vivo dolor y se llevó las manos al pecho.

Unos segundos después, había caído al suelo, muerto. Un súbito fallo cardíaco había acabado con su vida. Se llevaba consigo, al otro mundo, el secreto de dónde estaba Susan Dowr.

*

Volvió en sí mientras su olfato captaba un hedor nauseabundo.

Sin saber a qué podía deberse aquel olor tan pestilente, tan insoportable, abrió los ojos. Pero Susan Dowr no captó claridad ninguna. A su alrededor sólo había una terrible y tenebrosa oscuridad.

Recordó, entonces, el golpe que había recibido al salir de la casa de la señora Hilggar. Recordó asimismo, que, mientras caía al suelo, vio a Will, al sepulturero.

¿Dónde debía estar? ¿En su habitación, en la cama, con la ventana herméticamente cerrada?

Pero aquello era duro, no notaba el colchón. Ni sentía el roce de las sábanas.

Accionó los brazos, moviendo las manos, y tropezó con algo. A derecha e izquierda el espacio era limitadísimo. Pero si a la izquierda había sólo una tapa de madera, por la derecha estaba tocando un cuerpo humano, frío, helado, y a la vez en descomposición.

De tal descomposición, sin duda, el olor que hacía el aire realmente irrespirable.

—Es como si estuviera metida, con un cadáver, en una caja de madera —pensó. Y al acto, horrorizada, despavorí da—: ¡Esto es un ataúd!

Se ladeó un poco, y con el brazo izquierdo tanteó el cadáver. Tuvo el valor de hacerlo porque todo aquello era tan espantoso, tan horripilante, que tanto valor hacía falta para quedarse quieta como para cualquier otra cosa.

Pero mientras tanteaba el cuerpo descompuesto, putrefacto, sus dedos tocaron algo. Era una linterna a pilas. Sintió extrañeza, incomprensión, pero había de cogerla y de accionarla con rapidez, con precipitación.

Surgió la luz en el interior del ataúd. ¡Porque no se había equivocado, aquello era un ataúd! Notó espasmos, uno tras otro, en cadena. Espasmos que dejaron en su interior una sensación espeluznante.

Dirigió el foco de luz hacia el cadáver. Era la hija del sepulturero quien estaba allí. Su primera víctima. La veía con las mandíbulas desencajadas, los ojos desorbitadamente abiertos, el cuello destrozado, toda ella desintegrándose, agusanándose.

Se quedó con nauseas en el estómago. Náuseas que le subían y le bajaban, y no había para menos dado Io que veía y el olor putrefacto que respiraba.

Luego, cuando le pasaron un poco las náuseas, el espanto y el terror, la dejaron inmovilizada.

Pero reaccionó. Y lo hizo con el alarido más espantoso y desgarrado que pueda uno llegar a imaginarse.

Pero aquel alarido quedó apresado, ahogado entre las tétricas paredes del ataúd. Quedó rebotando de un lado al otro de la exigua y dantesca cavidad.

Susan Dowr comprendió que el alarido no había salido de allí, que Will, el sepulturero, se había encargado de que nadie pudiera oír nada.

En eso, Susan Dowr vio un papel. Estaba al alcance de su mano, doblado en dos.

Lo desdobló. Estaba escrito.

Y enfocando sobre sus líneas la luz de la linterna, leyó:

«Mataste a mi hija. Te sentencio, pues, a morir a su lado. Pero poco a poco, sin prisas, porque así lo espantoso de tu agonía estará en consonancia con lo alevoso de tu crimen.

«Tendrás el aire preciso para respirar, ya me he encargado de ello. Incluso te he dejado algo de pan y un par de botellas de agua. Ya te Io he dicho, no quiero que mueras demasiado aprisa.

»Es mi deseo, mi más ferviente deseo, que antes de dar el último aliento lamentes haber nacido.

»Will.»

CAPITULO XIII

Ya al volante de su coche, Alec Cuff habla de decir a su amigo:

—Bueno, ya nos iremos escribiendo. Y no te olvides de decirme, Raymond, a quién va a parar finalmente la fortuna de la señora Hilggar.

—Tal vez sea Marianne quien termine llevándosela —le contestó Raymond—. Si no me han informado mal, la señora Hilggar le ha dicho a Marianne que, si lo desea, puede quedarse a su lado.

—Pero Marianne no desea quedarse —le hizo saber Alec—, Marianne se viene conmigo. Acabo de hablar con ella por teléfono. Debe estar ya saliendo de la casa.

—¿Vas a facilitarle algún empleo? —preguntó Raymond.

—Si —dijo Alec—, uno que va a durarle toda la vida.

—¡Enhorabuena! —exclamó, comprendiendo qué clase de felicidad era la que se avecinaba.

—Por cierto, dime tú, Raymond, ¿no te sientes tentado a conocer de nuevo a Geraldine?

—¡Oh, no! —aseguró—. Prefiero que todo siga así. Ella con su marido y yo con mis cuadros, sin tener presente ya sus rasgos, necesitando una modelo para pintar.

Cuando Alec Cuff detuvo su coche ante la espléndida casa de la señora Hilggar, Marianne estaba ya allí, con una maleta en cada mano.

—Sube —le sonrió él.

—Es un placer —contestó ella.

Instantes después el cementerio quedaba atrás…

FIN